Más allá del capitalismo

JRGA

Febrero de 2021

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. CAPITALISMO.....5
1. Evolución histórica de la economía.....5
2. La economía capitalista.....6

CAPÍTULO 2. SOCIALISMO.....15
1. Características del socialismo.....15
2. El experimento soviético.....18
3. La influencia global de la URSS.....34
4. Los problemas del socialismo.....41

CAPÍTULO 3. DEMOCRACIA.....47
1. La democracia liberal.....47
2. La democracia socialista.....57

CAPÍTULO 4. PRESENTE Y FUTURO DEL SOCIALISMO.....65
1. El fin de la URSS.....65
2. Las consecuencias de la desaparición de la URSS.....68
3. Incertidumbres y esperanzas.....70

EPÍLOGO. MÁS ALLÁ DEL SOCIALISMO.....75

"*El verdadero propósito del socialismo es precisamente superar y avanzar más allá de la fase depredadora del desarrollo humano*".

Albert Einstein, *Por qué socialismo* (1949).

CAPÍTULO 1. CAPITALISMO

1. Evolución histórica de la economía

A lo largo de la historia el ser humano ha desarrollado su economía mediante distintos sistemas de producción, que podemos diferenciar atendiendo a las relaciones existentes entre las diversas clases sociales que los protagonizan. En la antigüedad (Grecia y Roma) predominaba el modo de producción esclavista, basado en una clase social cuyos miembros eran propiedad privada de los ciudadanos libres, que explotaban la fuerza de trabajo de aquéllos para beneficio propio. Posteriormente, al comienzo de la alta edad media, el esclavismo fue reemplazado por el feudalismo, en el que la producción económica ya no dependía de esclavos sino de campesinos y vasallos, que estaban obligados a destinar parte de la producción al sostenimiento de una minoría de señores feudales a cambio de la protección militar de éstos. Por último, a finales de la edad media y comienzos de la era moderna, el sistema económico feudal fue por fin superado por otro en el que la producción se lleva a cabo mediante contratos libres entre los trabajadores, que desarrollan la fuerza de trabajo, y los capitalistas, dueños de los medios de producción (las empresas), que a su vez compiten económicamente entre sí en el mercado: el capitalismo.

Se trata de una evolución progresiva que se ha dado como resultado del propio desarrollo de la economía y de su creciente complejidad, y sobre todo de las relaciones y conflictos que se producen entre las clases sociales que protagonizan cada una de las sucesivas etapas. Cada modo de producción es el adecuado a dichas relaciones y a las circunstancias del momento, y sólo cuando éstas cambian surge otro sistema económica y socialmente superior destinado a reemplazarlo. Así, no cabe ninguna duda de que el capitalismo ha conseguido desarrollar las fuerzas de trabajo de la sociedad como nunca lo hicieron el esclavismo o el feudalismo, llevando a la economía a cotas de producción y consumo jamás vistas antes. Cabe preguntarse, por tanto, si el capitalismo es por fin el modo de producción último y definitivo o si, por el contrario, es un sistema igualmente temporal y destinado también a ser reemplazado por otro superior. Dicho de otro modo, la cuestión es si nos encontramos ante el fin de la historia económica de la humanidad... o si en realidad ésta no ha terminado todavía.

2. La economía capitalista

Que un sistema económico fuese definitivo implicaría, lógicamente, que sea permanente, lo que en la práctica equivaldría a ser lo suficientemente estable como para que los cambios que se operen dentro de él no sean realmente sustanciales. Sin embargo, el modo de producción capitalista contiene en su seno una serie de contradicciones y defectos que lo convierten, a pesar de su aparente robustez, en un sistema sumamente inestable e incluso ineficiente. Son los siguientes:

- Lucha de clases. El capitalismo se basa en la existencia de dos clases fundamentales, empresarios y trabajadores, cuyos intereses socioeconómicos son mutuamente irreconciliables. Los empresarios tienden a abaratar costes y a aumentar sus beneficios, incluso a costa de las condiciones de sus trabajadores, y a nivel político presionan a los gobiernos para que adopten políticas favorables a sus propios intereses y en contra de los intereses de los trabajadores. Éstos, por su parte, tienden a organizarse para defenderse de tales decisiones y reclamar incluso un aumento de su participación en la empresa, también en los beneficios (a través de subidas salariales), lo que en la práctica se traduce en el fenómeno del sindicalismo (huelgas, paros, etc.) y a su vez, y consecuentemente, en la represión empresarial y estatal del mismo. A la larga se trata de un conflicto irresoluble sin la victoria definitiva de uno de los dos bandos en liza, lo que conllevará la derrota y desaparición del otro.

- Explotación laboral. A pesar de ser la clase trabajadora quien produce toda la riqueza de la sociedad, es también quien recibe una porción menor de la misma. Es la clase empresarial la que, por el mero hecho de ser la propietaria de los medios de producción (las empresas), es dueña de toda la riqueza generada, y utiliza sólo una parte de la misma para pagar los sueldos de sus trabajadores. Existe, por tanto, una diferencia entre la riqueza que el trabajador produce y la que percibe por su trabajo, y esa diferencia que se apropia el empresario (plusvalía) es la base de la explotación laboral.

- Desigualdad. Como consecuencia de la explotación laboral la riqueza de la sociedad tiende siempre a acumularse en manos de la clase empresarial mientras los trabajadores se mantienen, en la mayor parte de las ocasiones, en una suerte de pobreza permanente. En ausencia de políticas redistributivas por parte del Estado (contra las que la clase empresarial presionará tenazmente) o de cualquier medida de presión contra los empresarios, los

salarios se estancan o incluso disminuyen mientras, como consecuencia, los beneficios empresariales aumentan. El resultado es que los ricos se hacen cada vez más ricos mientras los pobres se empobrecen aún más, y el llamado ascensor social, un fenómeno ya exiguo de por sí, desaparece del todo.

- Concentración del capital. A medida que los empresarios acumulan ganancias, tienden a eliminar a sus competidores y a reinvertir su capital en crear nuevas empresas o en adquirir otras. El proceso se acelera en momentos de crisis económica en los que las pequeñas y medianas empresas no son capaces de sobrevivir y son absorbidas o eliminadas por las grandes. Así, la propiedad se concentra en una minoría cada vez más reducida y los mercados tienden hacia el oligopolio. Dicha minoría no sólo ve aumentado su poder económico sino también, y en consecuencia, su poder político, lo que a su vez implica que los gobiernos sean cada vez más favorables a adoptar políticas que tiendan a acrecentar aún más el poder económico de los empresarios a costa de los intereses de los trabajadores, consumidores y ciudadanos en general.

- Crisis económicas. La misma esencia del capitalismo, el hecho de que esté regido por las fuerzas del mercado, provoca de forma invariable que la economía pase alternativamente por distintos ciclos de expansión y contracción, y que éstos últimos se conviertan en duras crisis. Durante las mismas se destruye en gran parte la actividad económica, cerrando empresas y multiplicándose el desempleo. Se deteriora el tejido económico y social, millones de personas se ven abocadas a la pobreza y la miseria, y se desaprovechan las fuerzas productivas de la sociedad por cuanto periódicamente una gran parte de la misma desea (y necesita) trabajar pero no puede hacerlo porque tampoco hay suficientes medios de producción para absorberla laboralmente.

- Desempleo. Las fuerzas productivas de la economía no se aprovechan al máximo ni siquiera en ausencia de crisis económicas, dado que generalmente suele darse un cierto nivel de desempleo estructural. Además, el hecho de que la demanda de empleo supere habitualmente a la oferta asegura a los empresarios la estabilidad de los salarios y un cierto nivel de presión psicológica sobre los trabajadores, lo que favorece su docilidad laboral.

- Incapacidad de satisfacer necesidades sociales básicas. La economía de mercado asigna los bienes y servicios producidos por la sociedad a quienes los demandan, pero el concepto de "demanda" se entiende únicamente como capacidad de compra; no adquieren bienes y servicios quienes los deseen, ni

siquiera quienes los necesiten, sino sólo quienes tengan el poder adquisitivo necesario para poder comprarlos. Como resultado, parte de la sociedad no puede acceder a determinados bienes únicamente porque no dispone del suficiente poder adquisitivo para ello, con independencia de la necesidad que pueda tener de tales bienes o de la abundancia de éstos que pueda darse. Por ejemplo, en España gran parte de la población no puede acceder a una vivienda aunque haya alrededor de tres millones de viviendas vacías y sin uso en el país. Más trágico aún es el problema de las miles de personas con necesidades económicas que hacen cola para recibir alimentos por parte de las organizaciones benéficas, mientras los supermercados tiran diariamente a la basura las miles de toneladas de comida que no han podido vender. La economía de mercado no dispone de ningún mecanismo que solucione este problema, y los Estados rara vez lo hacen so pena de ser acusados de interferir en las sacrosantas reglas del mercado.

- Inflación. Que la fluctuación de los precios esté determinada por los mercados, a su vez dominados en gran medida por diferentes oligopolios de empresas que tienden a acordar (siquiera implícitamente) estrategias para maximizar sus beneficios, supone generalmente una subida constante y continuada del coste de la mayoría de bienes y servicios al tiempo que los sueldos de los trabajadores se mantienen estables. Como resultado la mayoría de la población ve cada vez más disminuido su poder adquisitivo, lo que naturalmente es causa de conflictividad social.

- Especulación. El hecho de que los precios de los bienes y servicios estén sometidos al mercado también es la razón de que exista la especulación, el fenómeno según el cual determinados agentes económicos compran mercancías con el único fin de revenderlas posteriormente previendo que su precio va a tender a subir, obteniendo así un beneficio económico en la transacción. La especulación no sólo se aprovecha de las fluctuaciones de precios sino que contribuye a las mismas, de tal manera que se produce una profecía autocumplida en la que el precio de un determinado bien aumenta precisamente porque se cree que va a aumentar y se actúa en consecuencia. Nos encontramos así con todo un sector de la actividad económica que no sólo no es productivo en absoluto sino que además utiliza con frecuencia los bienes más básicos (vivienda, alimentos, combustible...) para distorsionar la actividad económica general.

- Economía de casino. La especulación se extiende a todos los aspectos de la economía, incluso a sus mismas bases, puesto que las grandes empresas son sociedades anónimas en manos de una multitud de accionistas cuyos títulos de propiedad también se venden y se compran en la bolsa de valores.

Así, el precio de las acciones de una determinada empresa (o de toda la bolsa en su conjunto) puede aumentar o disminuir no en función de la fortaleza de la misma o de la previsión que haya al respecto, sino simplemente en virtud de meros movimientos especulativos, y sin importar si éstos llegan a arruinar a las empresas en cuestión (y dejar en desempleo a miles de personas) o incluso a países enteros. A modo de ejemplo, en 1992 un único especulador (George Soros) ganó en un solo día alrededor de mil millones de dólares especulando con la libra esterlina, y lo hizo a costa de quebrar al Banco de Inglaterra y provocar pérdidas al Estado británico por valor de 3.400 millones de libras.

- Tendencia a destruir la economía real. A medida que se desregulan los mercados y aumenta cada vez más la libertad de circulación de capitales, la actividad económica vira paulatinamente desde los sectores más productivos a los más especulativos. Se estima que en torno a 1970 los flujos de capital estaban relacionados en un 90% con el comercio y la inversión, mientras que en la actualidad la mayor parte de dichos flujos son de carácter meramente especulativo. Los grandes capitales (bancos, fondos de inversión, etc.) obtienen una mayor rentabilidad especulando con su dinero a corto plazo que invirtiéndolo en la economía real. El resultado es que el capitalismo industrial tradicional se transforma cada vez más en un capitalismo de carácter financiero y especulativo mucho menos productivo para la sociedad y más peligroso.

- Burbujas económicas. Otra de las consecuencias habituales de la especulación es la creación de burbujas, esto es, subidas en espiral del precio del activo sobre el que se especula hasta alcanzar niveles tan absurdamente altos que pocos compradores son capaces de pagar su precio. Es entonces cuando bruscamente se produce una caída en picado de los precios (estalla la burbuja), arruinando a multitud de especuladores y perjudicando así a la propia economía. El estallido de las burbujas económicas suele ser el detonante de la mayoría de crisis en el capitalismo: la burbuja de tulipanes de 1637, la burbuja de los mares del Sur de 1720, la canalmanía de 1790, la especulación de tierras británicas de 1796, la burbuja del sector ferroviario europeo de mediados del siglo XIX, el crack bursátil de 1929 (causa de la gran depresión de la década de 1930), la burbuja de las puntocom (2001), la especulación en torno a las hipotecas subprime (origen de la gran recesión de 2008) o las burbujas inmobiliarias de Japón (1991) y España (2008)

- Cortoplacismo e individualismo. El mercado está formado por innumerables agentes económicos (productores y consumidores) que actúan libremente por su cuenta, sin que exista ninguna instancia superior que sea capaz de

armonizarlos, de tal manera que actúan generalmente anteponiendo sus propios intereses a los de la sociedad en su conjunto. Además, la misma naturaleza del sistema económico tiende a priorizar el beneficio inmediato al margen de cuáles puedan ser los resultados a más largo plazo.

- Necesidad de aumento constante de beneficios. Para mantener y aumentar la confianza de los inversores y accionistas, a los consejos de administración de las grandes empresas no les basta con presentar una cuenta de resultados con beneficios netos: es imprescindible superar una y otra vez los beneficios obtenidos en ejercicios económicos anteriores. Esa necesidad de aumento constante de los beneficios llega siempre a un punto en el que la única forma de alcanzar nuevos récords es disminuyendo costes, lo que generalmente se consigue a través de dos vías: reduciendo los costes laborales (eliminación de puestos de trabajo, precarización del empleo, disminución de salarios de los trabajadores…) y/o reduciendo otro tipo de costes (por ejemplo en materias primas), lo que además por regla general conllevará una pérdida de calidad de los bienes o servicios producidos .

- Ineficiencia productiva. La propia naturaleza del capitalismo, la necesidad de mantener y aumentar constantemente los beneficios empresariales, obliga en consecuencia a sostener y elevar el nivel de consumo por parte de los ciudadanos, lo que fomenta la fabricación de bienes y productos de usar y tirar frente a otros más duraderos y sostenibles. También es la causa de que existan sectores económicos absolutamente improductivos que sólo tienen como fin influir psicológicamente en el consumo de las masas (la publicidad), o de otros fenómenos aún más ineficientes como la obsolescencia programada.

- Incompetencia de la empresa privada y del mercado. La empresa privada suele carecer de los recursos, la paciencia y la voluntad necesarias para llevar a cabo las grandes inversiones a largo plazo que son imprescindibles a la hora de desarrollar la producción en una multitud de sectores de la economía. Esa es la razón de que una buena parte del sector privado tenga su origen en la privatización de grandes empresas públicas, una vez que éstas han llevado a cabo dichas inversiones. Empresas privadas de energía o de transporte, por poner dos ejemplos bien patentes, sólo pueden existir y competir en el mercado en la medida en que el Estado haya invertido antes en las infraestructuras y medios necesarios para ellas, ya sea una red eléctrica o de ferrocarril. Internet, por poner otro ejemplo menos evidente, necesitó de varias décadas de investigación y desarrollo pagados con fondos públicos a través del Departamento de Defensa estadounidense antes de privatizarse y poder dejarse en manos del mercado. Pero la empresa privada

tampoco es eficiente por sí misma a largo plazo, puesto que tiende siempre a la quiebra cuando compite con otras empresas. De ahí que el Estado se vea obligado permanentemente a olvidar las leyes del libre mercado para salvar de diversos modos a la empresa privada: aranceles a la competencia extranjera, subvenciones y ayudas directas o indirectas, nacionalizaciones temporales para que el sector público pueda asumir las pérdidas antes de privatizar de nuevo, etc. Sin ir más lejos, un sector económico tan representativo de la industria capitalista como el automovilístico depende constantemente de todo tipo de subvenciones públicas que le impiden arruinarse, y una empresa icónica como General Motors ha llegado a ser rescatada de la quiebra por el gobierno estadounidense varias veces a lo largo de su historia. Probablemente el ejemplo más llamativo a este respecto sea el del sistema bancario privado: sólo pervive porque periódicamente el Estado acude siempre en su ayuda para rescatarlo de la ruina, y su modelo de negocio no podría mantenerse de no ser porque también es la solvencia del Estado la que respalda en último término los depósitos bancarios. La ineficiencia de la empresa privada es tan obvia que ni siquiera al mayor partidario del libre mercado se le ocurriría poner en manos del sector privado determinados servicios públicos tan indispensables para la sociedad como el servicio de bomberos o la policía.

- Autoritarismo empresarial. La empresa capitalista, al ser de propiedad privada, está dotada de una estructura jerárquica piramidal en cuya cima se encuentra el propietario de la empresa y cuya base está formada por sus trabajadores. Las órdenes emanan siempre de arriba hacia abajo, sin que los trabajadores tengan voz ni voto en ningún aspecto de su propio trabajo o de la empresa en la que participan. Los consejos de administración de las empresas sólo responden ante la asamblea de accionistas, nunca ante sus trabajadores o la sociedad, con independencia de cuáles puedan ser las consecuencias laborales o sociales de las decisiones que toman.

- Externalidades negativas. La explotación capitalista de los recursos naturales genera daños ecológicos que el sistema económico en sí no tiene forma de evitar, si no es siendo obligado por regulaciones estatales. La contaminación del aire, la generación continua de residuos, la degradación de los espacios naturales o el calentamiento global son buenos ejemplos de ello. Las empresas tienden a considerar a la propia naturaleza y a los animales como meros recursos económicos destinados a ser explotados lo máximo posible con el fin de aumentar sus beneficios, sin importar los daños medioambientales o el sufrimiento ocasionado al resto de seres vivos.

- Automatización del trabajo. La posibilidad de que el trabajo fuese automatizado de tal manera que los obreros no fuesen necesarios sería una auténtica bendición en una sociedad que funcionase de forma racional, puesto que la producción se distribuiría entre una población ociosa que podría dedicar su energía y su tiempo en otras tareas más elevadas como la ciencia, la cultura o el arte. En el capitalismo, en cambio, existe el peligro de que el desarrollo de la inteligencia artificial y los modernos avances en robótica dejen sin empleo y sin sustento a millones de personas.

- Imperialismo y guerras. Las empresas privadas tienden siempre a extender su actividad económica por todo el mundo y a competir por las diferentes oportunidades de inversión en el extranjero. A medida que la oligarquía empresarial de una gran potencia influye en el gobierno de ésta, dicha potencia tenderá a asumir posiciones imperialistas que puedan abrir posibilidades de negocio en los mercados de los países dominados por ella. Así, los choques y conflictos bélicos se hacen prácticamente inevitables, no sólo contra los países más débiles sino también entre grandes potencias competidoras. Sin olvidar que la industria armamentística constituye un sector económico privado como cualquier otro, necesitado también de beneficios y por tanto de conflictos armados con los que poder dar salida a su producción.

* * *

Obviamente las tendencias que acabamos de describir son generales, sin atender a excepciones particulares y siempre en ausencia de otros factores externos al propio sistema económico que puedan contrarrestarlas en mayor o menor medida (como es el caso de las políticas redistributivas del Estado, por ejemplo) y que a la postre no resultan ser más que meros parches que sufren una presión permanente a favor de su desmantelamiento por parte del poder empresarial. Pero en cualquier caso es un panorama que demuestra suficientemente la ineficiencia e inestabilidad inherentes al modo de producción capitalista, lo que nos llevaría a descartar que estemos disfrutando del sistema económico último y definitivo de la humanidad.

Pero si el capitalismo también está condenado a desaparecer y ser sustituido por otro sistema... ¿cuál podría ser éste? ¿Qué modo de producción puede terminar reemplazándole, y qué características tendría? Para averiguarlo debemos examinar cómo han evolucionado los sistemas anteriores: cada uno de ellos eliminó precisamente los elementos que definían al sistema anterior, aquellos que constituían su misma esencia. Así, el

esclavismo desapareció cuando se eliminó la propiedad privada de unos seres humanos por otros, y el feudalismo hizo lo propio cuando se abolieron las relaciones de vasallaje. En cuanto a los elementos que definen al capitalismo, no son otros que la propiedad privada de los medios de producción y la economía de mercado. La conclusión obvia, por tanto, es que el capitalismo sólo podrá ser superado por un sistema en el que la propiedad de los medios de producción no sea privada y en el que dichos medios no operen en una economía de mercado. O, dicho de otro modo, la alternativa es un sistema de propiedad pública de los medios de producción en el marco de una economía planificada por el Estado: el socialismo.

CAPÍTULO 2. SOCIALISMO

1. Características del socialismo

Es un lugar común que la clave para entender el éxito de las economías más desarrolladas es el libre mercado. Así se sugiere siempre, de forma explícita o implícita, en todos los ámbitos políticos, mediáticos y por supuesto económicos, desde las grandes instancias y foros empresariales nacionales e internacionales hasta las facultades de economía de nuestras universidades. Pero basta un somero análisis a la trayectoria de los países más ricos para comprobar que lo que históricamente les ha distinguido ha sido precisamente lo contrario: el proteccionismo de sus economías y la intervención (directa o indirecta) del Estado en las mismas, con independencia de lo que pudieran aconsejar los dogmas liberales o de la retórica oficial con la que se disfrazasen tales políticas. La subvención estatal directa o indirecta de sus propias empresas nacionales, los aranceles a los productos de los países competidores, la ayuda del Estado (generalmente mediante la violencia militar) para explotar los mercados extranjeros y los recursos de otros países... fueron las recetas de la industrialización de los países más desarrollados y del éxito posterior de sus economías. No es casualidad que las naciones en las que la población ha disfrutado de una mayor prosperidad y estabilidad económica sean precisamente aquellas en las que el Estado tiene una fuerte presencia a través de un potente sector público, un gasto social alto y amplias regulaciones estatales, elementos que atenúan los efectos perniciosos del mercado en sus propias economías. Es el caso del continente europeo, por ejemplo, donde se da una clara correlación entre el éxito económico de los países del centro y norte de Europa con la aplicación de ese tipo de políticas públicas. Por el contrario, lo que ha distinguido siempre a aquellas economías menos desarrolladas es la aplicación genuina de las reglas del libre mercado y la intervención mínima del Estado en ellas, permitiendo que compitan sin ayuda estatal alguna en los mercados internacionales contra aquellas otras que olvidan convenientemente dichas normas y que dejan a su suerte a la mayoría pobre de la población.

Históricamente, Estados Unidos ha hecho gala durante décadas de ser el gran adalid global del libre mercado, imponiendo las reglas de éste al resto de naciones del planeta allí donde ha tenido ocasión. Pero el éxito de la economía estadounidense en el siglo XX no puede analizarse sin tener en

cuenta tanto el proteccionismo hacia sus empresas (subvenciones directas, aranceles a los productos extranjeros, rescates públicos de empresas y bancos en quiebra...) como la transferencia periódica de fondos públicos que recibe continuamente el sector privado a través del sistema militar del Estado representado por el Pentágono. Ciertamente ha sido ese complejo industrial-militar (en palabras del presidente Eisenhower), y no el mercado, el verdadero impulsor de la economía estadounidense desde la segunda guerra mundial hasta la actualidad, un mecanismo keynesiano del que ya eran perfectamente conscientes los asesores de posguerra del gobierno de Truman. El documento más influyente de la guerra fría fue un informe de alto secreto de 1950 titulado *Objetivos y programas de los Estados Unidos para la seguridad nacional*, más conocido como NSC-68, que sería desclasificado en 1975 y en el que se indicaba, entre otras cosas, la necesidad de "*reducir los gastos federales destinados a fines ajenos a la defensa*", lo que evitaría "*un descenso de serias proporciones de la actividad económica*". El ideólogo de la llamada "doctrina de la contención", George Kennan, mostraba el mismo temor cuando escribió en 1987 que "*si la Unión Soviética se hundiera mañana bajo las aguas del océano, el complejo industrial-militar estadounidense tendría que seguir existiendo, sin cambios sustanciales, hasta que inventáramos algún otro adversario. Cualquier otra cosa sería un choque inaceptable para la economía estadounidense*".

De todo lo anterior puede concluirse que el Estado tiene un rol económico mucho más poderoso que el del mercado, siendo absolutamente imprescindible a la hora de organizar e impulsar cualquier economía, lo que de por sí constituye un fuerte argumento a favor de la superioridad de un sistema socialista frente a uno capitalista. Pero el papel económicamente preponderante del Estado no es, ni mucho menos, la única característica del socialismo. Para que éste pueda ser denominado como tal, y para que además sea lo suficientemente eficiente y estable (no sólo desde un punto de vista económico sino también social), un futuro e hipotético sistema socialista debería contar con los siguientes elementos:

- Propiedad pública de los medios de producción. En el capitalismo, la aportación de la clase empresarial a la producción se limita a asumir riesgos, asignar capital y organizar a los trabajadores, tareas que en el socialismo serán asumidas por el Estado. Las empresas ya no serán de titularidad privada sino pública, y como tales su gestión dependerá del Estado a través de los centros de planificación económica, que en último término responderán ante la sociedad a través de las instituciones políticas democráticas. Serán éstas quienes designarán a los responsables de los centros de planificación, que a su vez deberán contar con la participación activa de la propia

sociedad para elaborar sus planes económicos: consultas permanentes a asociaciones de productores y consumidores, aprobación definitiva de los planes económicos mediante referéndum, etc. La producción, por tanto, ya no dependerá de una clase social minoritaria que la utiliza para acrecentar sus beneficios y poder económico, sino que será la propia sociedad quien decidirá qué y cómo se produce, en qué condiciones, y cómo se distribuye lo producido.

- Gestión pública de la plusvalía. Al ser públicos los medios de producción también será pública la plusvalía generada por los trabajadores, excedente que podrá ser utilizado tanto para elevar el nivel de vida de la población como para reinvertirlo en la propia sociedad y asegurar el correcto y óptimo funcionamiento de la misma, no sólo desde un punto de vista económico: necesidades sociales concretas, grandes inversiones a largo plazo, ciencia, arte, cultura, investigación y desarrollo...

- Cálculo económico socialista. El mecanismo para asignar los recursos, bienes y servicios de la sociedad no será ya una herramienta ciega como el mercado, sino que dicha distribución será la tarea básica de los centros de planificación públicos. Ellos podrán atender por fin a las necesidades económicas y sociales globales que antes eran ignoradas por el sistema capitalista. El cálculo económico (esto es, el conjunto de criterios y operaciones que sirven para calcular tanto los precios de los bienes como la asignación de los recursos) se realizará de forma más eficiente que aquel que realiza la economía de mercado, dado que gracias a las herramientas informáticas y digitales actuales (computación mediante el sistema de códigos de barras, sistemas de inteligencia artificial, etc.) los centros de planificación conocerán siempre a tiempo real la demanda general de la sociedad y los recursos disponibles e incluso podrán anticiparse a las tendencias económicas futuras, pudiendo así modificar cualquier plan sobre la marcha cuando fuese necesario.

- Iniciativa pública. El emprendimiento en la economía de mercado consiste básicamente en el lanzamiento de proyectos empresariales en busca de un inversor capitalista, función que en el socialismo puede desarrollar el Estado mediante agencias de inversión pública y otros mecanismos colectivos. El aliciente para el emprendedor será, aparte del incentivo económico que se determine, el de dirigir el propio proyecto, y el filtro último sobre la empresa en fase experimental lo constituirán los propios consumidores al revelar sus preferencias de compra.

- Fin de los ciclos económicos. La planificación del Estado impide, por definición, la existencia de ciclos alcistas y bajistas de la economía. Las crisis serán sólo un recuerdo del pasado, y el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad será mayor que nunca por cuanto no se malgastarán más recursos humanos (desempleo) ni materiales (cierres masivos de empresas).

- Democracia empresarial. Las empresas dejarán de ser pequeñas tiranías en las que los trabajadores se limitan a acatar las órdenes emanadas de la cúspide de la pirámide para convertirse en centros democráticos en los que el poder real sea de la sociedad y de los propios trabajadores de cada empresa. Si bien la planificación económica global correrá a cargo del Estado, responsable último de los medios de producción, serán los propios trabajadores de cada empresa quienes detentarán el poder en todo tipo de cuestiones internas, como organización, disciplina, promoción, contratación, etc. Los dirigentes empresariales responderán ante el conjunto de la sociedad (mediante su compromiso con los planes económicos elaborados por el Estado) y ante asambleas de sus propios trabajadores, de la misma forma que ahora responden ante las asambleas de accionistas.

- Abolición del dinero. En una fase socialista avanzada el dinero será reemplazado por vales personales por horas de trabajo, intransferibles y no reutilizables, como único sistema de remuneración y pago. El efecto de tal medida será la desaparición de la desigualdad económica extrema propia del capitalismo, así como la corrupción o la economía sumergida.

En resumidas cuentas, el socialismo no necesita de una clase empresarial que sea la dueña y gestora de la producción para su propio beneficio privado, sino que es la propia clase trabajadora la que realiza dicha función, a través del Estado, para beneficio de toda la sociedad al completo. La consecuencia principal que se deriva de un sistema como ese es, obviamente, la abolición definitiva de las clases sociales.

2. El experimento soviético

Es cierto que entre el modelo ideal aquí expuesto y las experiencias socialistas del siglo XX hubo importantes diferencias, algo lógico por otra parte si tenemos en cuenta que aquéllas no fueron más que el primer ensayo de una economía socialista. No obstante, a ese respecto merece la pena examinar los logros que alcanzó el sistema soviético, no sólo porque fue el primer Estado socialista de la historia, sino también porque sirvió de modelo

para los que surgieron posteriormente.

Sin ser ni mucho menos perfecto, lo cierto es que el experimento que se llevó a cabo en la URSS constituyó un notable éxito; no sólo se demostró que el socialismo era posible como forma de organización económica, sino también que era un sistema suficientemente estable y duradero. Al fin y al cabo, la Unión Soviética duró siete décadas, y su desaparición no se debió a causas económicas que hicieran inviable la pervivencia del socialismo sino más bien a decisiones políticas tomadas por el propio gobierno soviético. Por si fuese poco, durante su existencia la Unión Soviética eliminó lacras como las crisis económicas, el desempleo, la inflación, la discriminación racial y nacional, y la pobreza y desigualdad extremas. La experiencia socialista fue tan eficaz que la URSS alcanzó un récord en velocidad de industrialización y se convirtió en una superpotencia económica, militar y espacial, y ello cubriendo por fin en su totalidad las necesidades básicas de su población: empleo, vivienda, sanidad, educación, cultura...

Los datos que se exponen a continuación nos sirven para hacernos una idea de la magnitud del éxito alcanzado por el Estado surgido de la revolución bolchevique de 1917:

a) Crecimiento económico:

El PIB soviético aumentó sin cesar desde 1922 (tras la guerra civil rusa) hasta el fin de la URSS, con la única excepción correspondiente al período de la segunda guerra mundial. Entre 1928 y 1975 la economía sovié-tica creció a un ritmo de un 5,1% anual de media, y en 1989 era ya la tercera economía del planeta, después de Estados Unidos y Japón. En 1963 la URSS había conseguido multiplicar por 53 el volumen industrial de la Rusia zarista. La producción industrial soviética pasó en 50 años de sólo un 12% de la de Estados Unidos a una producción industrial del 80%, y a una producción agraria que correspondía al 85% de la de Estados Unidos. En 1970 la URSS se había convertido en la mayor potencia industrial del mundo, produciendo más acero, hierro, cemento y tractores que cualquier otro país. Incluso un informe de la CIA de diciembre de 1982 reconocía que la URSS había experimentado un crecimiento continuo y una mejoría en el nivel de vida de su población durante los últimos treinta años.

La renta per cápita de Rusia pasó de 1.235 dólares internacionales en 1916 a 7.112 dólares internacionales en 1989 (descontando siempre la inflación); esto es, la renta per cápita se multiplicó por 5,7 en 73 años, lo que

equivale a un crecimiento anual promedio del 2,4% (en ese mismo periodo Estados Unidos multiplicó su renta per cápita 4,4 veces, es decir, un crecimiento anual promedio del 2%). El período de mayor crecimiento económico fue el comprendido entre 1946 (tras la segunda guerra mundial) y 1971, cuando pasó de una renta per cápita de 1.913 dólares internacionales a 5.667 dólares internacionales (un crecimiento anual promedio del 4,3%), siendo más modesto el ritmo de expansión posterior (entre 1971 y 1989 el país incrementó su renta per cápita un promedio del 1,2% anual).

Entre 1950 y 1970, el consumo per cápita de alimentos en la Unión Soviética se duplicó, los ingresos disponibles se cuadruplicaron, el consumo de productos perecederos se triplicó y las compras de bienes duraderos se multiplicaron por doce veces.

La industrialización soviética fue la más rápida que ha conocido el ser humano en toda su historia; ningún otro país, ni siquiera la Inglaterra del siglo XIX y primera mitad del XX, consiguió llevar a cabo una industrialización tan fulgurante y profunda. También fue la primera vez en la historia que un país alcanzaba tales cotas de desarrollo sin esclavizar a nadie o expoliar los recursos naturales de países subdesarrollados, como de hecho hicieron los países capitalistas occidentales.

b) Sector primario:

Las superficies cultivadas en la URSS pasaron entre 1922 y 1923 de 63 a 82 millones de hectáreas, aumentaron a 87 en 1924 y en 1927 ya sumaban 94,5 millones. La Unión Soviética se convirtió en la primera produc-tora mundial de cebada (con 70 millones de toneladas), centeno (15 millones), avena (15 millones), lino (0,5 millones entre semilla y fibra), soja (0,5 millones) y remolacha azucarera (con 60 millones). También era el tercer productor mundial en producción de algodón (con 2,7 millones de toneladas) y en producción de trigo (entre 88 y 110 millones de toneladas).

En cuanto a la ganadería la URSS era la primera productora mundial de carne y productos lácteos, y segundo productor de lana lavada con un monto de 272 millones. Si se incluyen todos los tipos de ganado, las cabezas de ganado en 1990 ascendían a los 311 millones, entre las que destacaban las cabañas bovinas, ovinas y porcinas.

La avicultura también era importante, así como la cría de gusanos o apicultura que reportaba anualmente una producción de cerca de 4.000 millo-

nes de toneladas de seda.

En 1990 se capturaron 9,5 millones de toneladas de pescado, cantidad sólo superada por Japón. La URSS poseía una formidable flota en la que la mayoría de los buques eran barcos-factoría o barcos-congeladores.

c) Industria:

El primer plan soviético ideado para la recuperación y el desarrollo económico y nacional fue llevado a cabo por el GOELRO (Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia), y constituyó uno de los planes de electrificación más ambiciosos que se hayan realizado jamás y precursor de los posteriores planes quinquenales soviéticos. Mediante dicho plan se llevó la energía y la iluminación a los hogares de varios millones de personas, en su mayoría campesinos, en un intento de eliminar la brecha entre el campo y las ciudades y poder dotar al país de la infraestructura necesaria para industrializarse. Así, de 0,2 millones de kW de potencia que tenían las plantas eléctricas rusas en 1913, se pasó a una potencia de 4,1 millones de kW en 1935; de producir 2 millones de kW de electricidad en 1913 se pasó a una producción de 28 kW en 1935; y de 33 plantas eléctricas en 1913 se pasó a 858 en 1927.

Una vez electrificada la Unión Soviética, los planes quinquenales elaborados por el GOSPLAN (Comité Estatal de Planificación) la industrializaron. La URSS pasó a ocupar el primer puesto mundial en producción de acero con 147 millones de toneladas, y en 1991 estaba en los primeros puestos mundiales en la fabricación de productos manufacturados como maquinaria agrícola, cemento, utillaje industrial, material eléctrico y ferroviario, herramientas, productos químicos y construcciones navales o aeronáuticas. Cada año salían de las fábricas soviéticas 559.000 tractores (más que en ningún otro país); 1.300.000 automóviles; 873.000 vehículos comerciales; 250.000 camiones y 1.100.000 motocicletas. La metalurgia soviética, muy diversificada, estaba situada también a la cabeza mundial. Disponía igualmente de una gran industria papelera, elaborándose anualmente 185.000 toneladas de pasta para la producción de papel gracias a los enormes recursos forestales de la URSS.

d) Índice de Desarrollo Humano:

El IDH es un indicador con el que se mide el desarrollo humano de las

naciones, y en el que se tienen en cuenta la esperanza de vida de la población, los años promedio de escolaridad y el nivel de vida conforme al PIB per cápita. El IDH de Rusia en 1913 era de un 0,12, lo que representaba un 31,58% del nivel de Nueva Zelanda, un país con un IDH históricamente alto (de un 0,38 en 1913). En 1970 la URSS alcanzó un IDH de 0,5, lo que representa una cifra 4,2 veces superior a la de 1913 y un 92,59% del nivel de Nueva Zelanda (que en ese año tenía un IDH de 0,54). Tras el fin del socialismo y la adopción de la economía de mercado, el IDH de Rusia cayó hasta un 0,48 en 1995.

e) Igualdad económica:

La URSS se convirtió rápidamente en el país más igualitario del mundo, estableciendo unas diferencias salariales mínimas en comparación con el resto de países. En 1905 el 10% más rico de Rusia poseía el 46,88% de los ingresos (el 1% más rico poseía el 17,99% del ingreso total), mientras el 50% más pobre poseía el 16,74% y el 40% intermedio el 36,38%. Para 1980 el 10% más rico pasó a poseer el 21,0% de los ingresos totales en la Rusia soviética (el 1% más rico sólo poseía el 3,45%), el 50% más pobre el 31%, y el 40% intermedio el 47,97%. Cuando volvió el capitalismo a Rusia la situación se revertió de nuevo: en 2015 el 10% más rico de la Federación de Rusia poseía el 45,52% de los ingresos totales (el 1% más rico poseía el 20,24%), el 50% más pobre redujo su porcentaje al 16,99% y el 40% intermedio al 37,49%

El coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en los ingresos, pasó del 0,55 en la Rusia de 1905 al 0,22 en 1980 (el país que actualmente tiene el índice de Gini más bajo es Islandia, con un 0,24) y volvió a aumentar con el capitalismo al 0,55 en 2015. Actualmente se estima que la desigualdad mundial es de 0,63: la renta del 20% de las personas más ricas del mundo es 28,7 veces más elevada que la del 20% más pobre.

f) Sindicatos:

Los sindicatos soviéticos tenían más poder que cualquier otro sindicato del mundo, realizando diversas funciones a varios niveles:

1- Laboral: negociaban los convenios colectivos, y supervisaban y aseguraban el cumplimiento de las normas vigentes. Podían vetar los despidos y destituir a los directivos. También eran responsables de la formación sindical

de los trabajadores, mediante escuelas y cursos.

2- Político: participaban en el Consejo de Ministros para fijar las normas sobre salarios, seguridad social, sanidad y cualquier cuestión que afectara a los derechos de los trabajadores. Tenían iniciativa legislativa en los soviets (parlamentos) a todos los niveles, incluido el Soviet Supremo. Podían presentar candidatos a las elecciones a cualquier órgano legislativo.

3- Económico: participaban en la planificación económica e intervenían en los presupuestos públicos.

4- Cultural: crearon sociedades científicas, artísticas, deportivas o técnicas, de tal manera que en 1978 los sindicatos tenían más de 20.000 clubes y casas de cultura y más de 30.000 bibliotecas.

g) Salarios:

Los sueldos en la URSS no eran homogéneos, sino que se daban grandes variaciones dependiendo del puesto de trabajo y su cualificación. Si establecemos un índice 100 para el salario del trabajador peor pagado, un obrero ganaba entre 100 y 370, el capataz de 150 a 400, el joven ingeniero de 200 a 600, el ingeniero experimentado de 300 a 1.000, el director de una pequeña empresa de 500 a 1.000 y el de una gran empresa de 800 a 2.000. Los científicos e ingenieros que trabajaban en los laboratorios disfrutaban de buenos salarios y de la posibilidad de recibir primas por sus patentes de invención, por ello sus salarios oscilaban entre 400 y 2.500; los altos funcionarios y generales, por su parte, podían llegar también a 2.500, y algunos funcionarios privilegiados o técnicos muy sobresalientes podían llegar a un coeficiente 3.000.

Generalmente, los sectores que percibían mejores salarios eran los artistas, escritores, profesores, gerentes y científicos soviéticos de prestigio: de 1.200 a 1.500 rublos mensuales, en la década de 1980. Los altos funcionarios del gobierno, en cambio, ganaban alrededor de unos 600 rublos al mes, y los directivos de las empresas ganaban de 190 a 400 rublos mensuales. Los trabajadores percibían un salario medio de unos 150 rublos al mes.

A primera vista puede parecer una gran diferencia salarial, pero en realidad los salarios más altos eran, a nivel general, sólo diez veces más elevados que el salario medio de un obrero, y sólo en unos pocos casos esa

diferencia llegaba a unas quince veces. En Estados Unidos, en cambio, los directivos de empresas mejor pagados ganaban en la década de 1980 unas 115 veces más que el salario medio de los trabajadores, diferencia que no hizo sino aumentar desde entonces hasta alcanzar en 2008 las 240 veces. En lo que respecta a España, en 2019 los máximos ejecutivos de las empresas del IBEX 35 cobraban 123 veces el salario medio de sus propias plantillas de trabajadores.

Por otro lado los salarios en la URSS jamás pararon de subir. En 1973 el salario mínimo era de 70 rublos, el doble que en 1963. En 1955 el salario medio era de 71,8 rublos, pasando a 86,7 rublos en 1962 y a 185 rublos en 1984. La mayor crecida salarial se produjo en el periodo 1928-1941, pues en el transcurso de cada plan quinquenal el salario se duplicaba. Si en 1929 el salario medio anual ascendía a 929 rublos, éste pasó a 1.570 en 1933, a 2.900 en 1937 y se eleva hasta los 4.067 de 1940. Estas cifras equivalen a cuadruplicar el salario medio en apenas una década.

El salario medio soviético era bastante más bajo que el de los países occidentales (150 rublos equivalían a aproximadamente unos 200 dólares), pero a pesar de ello los ciudadanos soviéticos poseían un nivel de vida bastante aceptable, aunque fuese menor al de los países occidentales. Eso se debe fundamentalmente a dos factores:

a) El aumento sostenido del salario social. Un número cada vez mayor de prestaciones sociales y productos básicos como vivienda, sanidad, educación, alimentación, transporte público, turismo, suministro energético y guarderías eran gratuitos o estaban subvencionados en su mayor parte. Los gastos reales de una familia soviética se reducían casi únicamente a ropa y comida (que también estaba subvencionada). Es cierto que en los países occidentales también disfrutamos de una parte de ese salario social en forma de sanidad o niveles obligatorios de educación gratuitos (aunque en muchos casos no al mismo extremo que en la Unión Soviética), pero no en el resto de sectores indicados.

b) La inexistencia de inflación. La URSS reguló todos los precios y llevó a cabo una política de estabilidad de los mismos, de tal manera que, a pesar de que entre 1960 y 1980 el salario mínimo se cuadriplicó, en el mismo período el IPC aumentó de media sólo un 1,52% anual (frente a un 7,52% anual que aumentó en Estados Unidos). Además los precios de los productos de lujo se fijaron por encima de su valor, mientras que los de los bienes de primera necesidad se fijaron por debajo de él.

Para hacerse una idea de cuál era realmente el poder adquisitivo de los ciudadanos soviéticos conviene conocer los precios de los productos básicos: un periódico costaba 0,02 rublos; un billete de transporte público 0,05 rublos; un kilo de patatas 0,10 rublos; una entrada de cine infantil 0,15 rublos; un paquete de cigarrillos 0,16 rublos; una barra de pan 0,20 rublos; un litro de leche 0,30 rublos; un litro de gasolina 0,30 rublos; una comida de comedor público 1 rublo; la cuota mensual de mantenimiento de la línea telefónica 1,5 rublos; un kilo de carne de cordero 1,80 rublos; un kilo de carne de ternera 2 rublos; una comida en un restaurante 3 rublos; un kilo de carne de cerdo 3 rublos; una bicicleta 39 rublos; una aspiradora 44 rublos; unos vaqueros de hombre 90 rublos; unas botas de invierno 100 rublos; un ciclomotor 135 rublos; unas vacaciones en las costas ucranianas 250 rublos; una motocicleta 300 rublos; un televisor en color 750 rublos; un automóvil barato 4.000 rublos; un automóvil Volga de lujo 15.000 rublos...

En definitiva, los salarios soviéticos no sólo eran más que suficientes para que los ciudadanos pudieran vivir dignamente (aunque sin demasiados lujos), sino que incluso les permitía ahorrar; en todo el país los ahorros personales en los bancos aumentaron de 10.900 millones de rublos en 1960 a 46.600 millones en 1970, pasando a 156.600 millones en 1980 y a 202.100 millones en 1984. Los ahorros personales por persona en la Unión Soviética ascendían a 739,48 rublos, de media, en 1984. Sin embargo, la deuda total del país (pública y privada) en 1990 era de 27.300 millones de dólares, alrededor de sólo un 1% del PIB.

h) Situación laboral:

El desempleo en la URSS fue prácticamente inexistente durante toda su historia, incluso en períodos como el de la gran depresión en el que Estados Unidos se enfrentó a un 23% de paro. Ni siquiera eran necesarias las oficinas de empleo, que sólo se crearon en 1988 en el marco de las reformas de la perestroika. E incluso en el punto álgido de tal proceso (1991) el desempleo en Rusia sólo llegó al 0,1%, alcanzando el 8,2% en 2009, una vez que la economía ya era plenamente capitalista.

Los trabajadores de la Rusia zarista trabajaban de 10 a 12 horas diarias y seis días a la semana (entre 60 y 72 horas por semana), y por ello uno de los primeros decretos adoptados inmediatamente después de la revolución de Octubre de 1917 fue establecer la jornada laboral de ocho horas diarias a lo largo de 40 horas semanales. Era un derecho que anteriormente sólo se había conquistado en Uruguay (en 1915) pero que después de la

revolución bolchevique sería reconocido en la mayoría de los países occidentales, no sin una dura lucha por parte del movimiento obrero de cada nación: en Alemania en 1918; en Francia, España, Portugal y Dinamarca en 1919; en Bélgica en 1924; en Estados Unidos en 1937...

Los trabajadores que sufrían lesiones o enfermaban tenían garantizado su empleo y se les pagaba un subsidio durante su baja, un derecho en cuyo reconocimiento la URSS también fue pionera.

Las vacaciones garantizadas en la URSS eran de entre 12 y 48 días laborables, de entre 24 y 48 para los trabajos más duros y de 48 días para el personal docente. En la década de 1970 los trabajadores soviéticos tenían, de media, 21 días laborables de vacaciones (un mes), y los balnearios, los complejos vacacionales y los campamentos para niños eran gratuitos o estaban subvencionados.

En total, las horas trabajadas al año por persona empleada en la URSS en 1973 eran 1.791, frente a las 2.150 horas de España, las 1.804 de Alemania, las 1.930 de Suiza o las 2.042 de Japón.

Las pensiones en la URSS eran bajas, pero la jubilación se producía a los 60 años (o a los 25 años de servicio) en el caso de los hombres y a los 55 años (o a los 20 años de servicio) en el caso de las mujeres. En la mayor parte de los países occidentales (Estados Unidos, España, Canadá, Reino Unido, Finlandia, Países Bajos...) la jubilación se producía a los 65 años, y en otros países incluso más tarde (en Dinamarca, por ejemplo, se producía a los 67 años).

i) Vivienda:

Un fenómeno tan común en los países capitalistas como los sin techo no existía en la Unión Soviética. Los ciudadanos soviéticos tenían derecho a una vivienda digna, y, a diferencia de lo que sucede en los Estados burgueses, era un derecho efectivo. Al ser el suelo propiedad del Estado todas las construcciones corrían a su cargo y eran de su propiedad. Los soviéticos no podían comprar una vivienda en propiedad, sino que se las alquilaba el Estado por un precio simbólico. Además, en el acceso a la vivienda no había segregación según los ingresos. Con la excepción de algunos barrios que estaban reservados para los cargos oficiales elevados, en una misma vecindad podían coincidir directores de fábrica, enfermeras, profesores universitarios y porteros, todos viviendo puerta con puerta.

El precio de los alquileres de los apartamentos estatales permaneció invariable desde 1928. En el caso de un apartamento para cuatro personas dicho precio rondaba los 15 rublos mensuales en 1977, de los cuales sólo seis eran para el alquiler propiamente dicho y el resto estaba destinado al pago de la calefacción, el agua caliente, la electricidad y el gas. En 1985, de media, las familias soviéticas gastaban sólo un 5% de sus ingresos en el alquiler, frente al entre 20% y 30% que gastaban los estadounidenses y británicos en esa misma época, o el 40% que gastamos hoy los españoles.

j) Alimentación:

La alimentación de los soviéticos mejoró considerablemente desde la revolución, llegando a ser, según estimaciones de la FAO, la séptima mejor del mundo a mediados de la década de 1980. Según un informe de la la CIA de 1983 los soviéticos y estadounidenses consumían una cantidad de alimentos parecida, aunque la dieta soviética era algo mejor.

En 1913 el pan componía el 58% de la dieta de los rusos, mientras que la carne sólo representaba el 7%. En 1990 este porcentaje se redujo al 23% en el caso del pan, y aumentó al 13% en el caso de la carne, para luego descender al 29% y al 10,5% respectivamente en 1998, tras la adopción de una economía de mercado. En 1981 la URSS tenia un consumo de carne superior a países como Noruega, aunque inferior a otros países como la Checoslovaquia socialista.

Entre 1917 y 1980 el consumo de pescado de los soviéticos se multiplicó por 3,75 veces. En 1981 la URSS consumía 2,25 veces más pescado que Estados Unidos.

En 1913, con el zarismo, el consumo calórico per cápita de los rusos era de 2.109 kilocalorías diarias, pasando a 3.182 kilocalorías diarias en 1990, un 150,88% más. Tras la vuelta del capitalismo el consumo calórico por persona paso a ser de 2.471 kilocalorías en 1998, un 77,66% del nivel de 1990.

Esa mejora en la alimentación tuvo un efecto espectacular en la estatura de los soviéticos. La estatura promedio de los hombres rusos nacidos en 1913 era de aproximadamente 1,67 metros, inferior a los 1,72 metros de los hombres estadounidenses en 1910. A fines de la década de 1960, los hombres en la URSS y en los Estados Unidos alcanzaron una misma altura

promedio, de aproximadamente 1,77 metros, y la altura femenina en la Rusia soviética excedió a la de las estadounidenses en aproximadamente un centímetro. Aumentar la estatura de los ciudadanos durante un proceso de industrialización fue algo inédito que no había ocurrido en el Reino Unido o en los Estados Unidos, por ejemplo, durante sus respectivos procesos de industrialización.

k) Sanidad:

La Unión Soviética fue el primer país del mundo que instauró un sistema sanitario gratuito y universal. Iniciado en 1920 a instancias de Nikolai Semashko, fundador del partido bolchevique y comisario (ministro) de Sanidad desde 1918 hasta 1930, el sistema fue mejorándose a lo largo de los años hasta que la Constitución soviética de 1977 consagró el derecho de todos los habitantes del país a ser atendidos en cualquier centro de salud y hospital del país de manera gratuita. La cobertura sanitaria, por tanto, era total para toda la población, y estaba considerado uno de los mejores sistemas de salud del mundo. Su calidad llegó hasta el punto de ser pionero en las técnicas de transplantes de órganos, y gracias a él la URSS consiguió erradicar completamente enfermedades como la viruela, la peste, el cólera o el paludismo, y redujo enormemente la incidencia de la poliomielitis, la difteria o la tos ferina.

En 1970 la URSS tenía la mayor proporción de médicos por habitante del mundo, contando con 23,8 médicos por cada 10.000 personas frente a los 15,8 de los Estados Unidos.

Entre 1913 y 1969 el número de camas de hospital en la URSS se multiplicó por 8,15 veces, pasando de 1,3 camas por cada 1.000 habitantes en 1913 a 10,6 camas en 1969 (frente a las 8,2 camas por cada 1.000 habitantes de los Estados Unidos).

En 1913 Rusia tenía 918 hospitales urbanos y 2.074 hospitales rurales, y en 1989 tenía 6.976 hospitales urbanos y 5.786 hospitales rurales (en 2012 las cifras se habían vuelto a reducir a 4.956 hospitales urbanos y 1.216 hospitales rurales).

l) Esperanza de vida:

La esperanza de vida de Rusia en 1900 era de 30,5 años, inferior a la

media mundial de ese entonces, de 32 años. Tras la revolución la esperanza de vida aumentó hasta los 59,4 años en 1953, y hasta los 68,4 años en 1965 (15,2 años superior a la media mundial). En esa fecha la esperanza de vida había aumentado en la URSS con respecto a 1900 en 37,9 años y se había más que duplicado, mientras que la media mundial aumentó en sólo 21,2 años. En 1987 la esperanza de vida aumentó muy ligeramente, representando para ese año 68,8 años (5,3 años superior a la media mundial).

Tras la adopción de una economía de mercado la esperanza de vida en Rusia se redujo considerablemente, siendo en el año 2002 unos 3,8 años inferior al nivel de 1987.

m) Mortalidad infantil:

En 1913 la tasa de mortalidad infantil en Rusia era de 269 niños de cada 1.000, y en 1985 la cifra había descendido hasta 22 de cada 1.000, es decir, la tasa se redujo en más de 12 veces en 72 años. Aun así seguía siendo una tasa superior a la del resto de países desarrollados y de Europa del Este debido a que la tasa de mortalidad infantil de las repúblicas soviéticas de Asia Central era históricamente más elevada, lo que hacía subir la media del país (48,9 en Tayikistán, frente a los 13,1 de Bielorrusia o los 11,5 de Lituania, por ejemplo).

n) Educación:

El acceso a la educación, comenzando por la guardería y terminando por la universidad, era un derecho universal y gratuito en todas sus etapas salvo en la educación infantil, donde las familias debían pagar un 20% de los gastos. El estudiante universitario no sólo no tenía que pagar por la matrícula, sino que además recibía un salario para su propio mantenimiento. En cuanto al material escolar, lo proporcionaba el Estado de forma gratuita en todas las etapas educativas.

La tasa de alfabetización en la Rusia zarista era del 28,4% en 1897, siendo del 16,6% para las mujeres y del 40,3% para los hombres, habiendo una clara diferencia entre la tasa de alfabetización en las zonas urbanas (57%) y la de las zonas rurales (23,8%). En 1939 la tasa de alfabetización en la URSS pasó a ser del 87,4%, la tasa en las mujeres pasó a ser del 81,6%, en los hombres al 93,5%, en las zonas urbanas al 93,8% y en las zonas rurales al 84%. Para 1970 el analfabetismo en las personas de entre 9 y 49

años fue prácticamente erradicado en toda la URSS, tanto en las zonas urbanas como en las rurales.

La educación también llego a zonas marginadas por el zarismo, y el gobierno soviético hizo un esfuerzo coordinado para fomentar la educación y la expresión cultural de los más de cien grupos nacionales que constituían la Unión Soviética. Por ejemplo, en Tayikistán en 1897 solo el 2,3% de los ciudadanos entre 9 y 49 años sabían leer, pero para 1939 la cifra pasó al 82,8% y en 1959 al 96,2%. En Uzbekistán en 1897 la tasa de alfabetización era del 3,6% solamente, y para 1939 pasó al 78,7% y en 1959 era ya del 98,1%. En las distintas repúblicas soviéticas los alumnos eran libres de elegir el ruso o su propia lengua materna como su idioma de alfabetización.

El socialismo consiguió en la URSS reducir más rápidamente el analfabetismo que en cualquier otro país del mundo. Por comparar, si hubiera continuado existiendo el zarismo hubiera tardado entre 150 y 300 años en eliminarlo.

ñ) Formación:

Una de las razones que hizo aumentar tanto los salarios es el número creciente de ciudadanos con una formación especializada. Así, frente a los 112.000 de 1914, en la escuela secundaria había 641.000 estudiantes en 1941. Además en este mismo año había 1.750.000 jefes de empresa y administrativos; 35.000 directores y administradores de empresas específicamente industriales; 250.000 ingenieros y arquitectos; más de 800.000 técnicos industriales; 820.000 economistas y estadistas; 580.000 presidentes de cooperativas; 19.000 directores de granjas estatales; 80.000 agrónomos y 96.000 técnicos industriales. Todas estas profesiones representaban en 1941 a un 7% de la mano de obra. En 1965, y con una población urbana de más de 100 millones de ciudadanos (un 55% del total), había 75 millones de obreros industriales, 11 millones de estudiantes cursando estudios superiores (dos millones en 1940), seis millones de profesores, dos millones y medio de científicos e investigadores, cuatro millones de sanitarios y casi dos millones de funcionarios. En total las personas de cualificación media-alta en 1965 eran más de 25 millones de personas, lo que representa el 22% de la población activa.

o) Ciencia y tecnología:

La ciencia soviética sobresalió a nivel mundial en varios campos como las matemáticas, la física o la química, y tuvo entre sus representantes a gente de la talla de Vladimir Demijov (pionero en la ciencia de los transplantes), Zhores Alfiorov (político comunista y ganador del premio Nobel de Física por desarrollar heteroestructuras de semiconductores usadas en la optoelectrónica y electrónica de alta velocidad), Serguei Lebedev (padre de la informática soviética), Vitali Guinzburg (ganador del premio Nobel de Física junto a Aleksei Alekseyevich Abrikosov por sus contribuciones pioneras a la teoría de los superconductores y superfluidos), Lev Landau (premio Nobel de Física por sus teorías sobre la materia condensada), Aleksandr Projorov (premio Nobel de Física junto a Nikolai Basov por sus trabajos en electrónica cuántica que condujeron a la invención del láser y el máser), Pavel Cherenkov (premio Nobel de Física junto a Ilia Frank y Igor Tam por explicar la radiación que lleva su nombre), Piotr Kapitsa (premio Nobel de Física por descubrir la superfluidez), Nikolai Semionov (premio Nobel de Química por sus estudios de los mecanismos de las reacciones químicas), Igor Kurchatov (experto en física nuclear y miembro del Soviet Supremo de la URSS), Leonid Kantorovich (ganador del premio Nobel de Economía por sus teorías sobre la asignación óptima de recursos escasos) y Andrei Kolmogorov (matemático fundador de la teoría de la complejidad algorítmica).

La URSS impulsó y desarrolló multitud de proyectos científicos y tecnológicos que marcaron un antes y un después en la historia de la humanidad. Sin duda el más sobresaliente fue el programa espacial soviético, pionero en el campo de la exploración del espacio. Aunque no fuesen los primeros en pisar la Luna, los soviéticos lanzaron el primer satélite artificial (el Sputnik I, en 1957); enviaron al primer animal al espacio (la perra Laika, en 1957), al primer hombre (Yuri Gagarin, 1961) y a la primera mujer (Valentina Tereshkova, 1963); hicieron las primeras fotografías de la cara oscura de la Luna (1959); realizaron el primer paseo espacial (Alexei Leonov, en 1965); consiguieron el primer aterrizaje de una nave en la Luna (la sonda Luna 9, en 1966), en otro planeta (la sonda Venera 7 en Venus, 1970) y en Marte (la Mars 3, en 1971); y construyeron la primera estación espacial (la Salyut I, en 1971) y la primera estación de investigación en estar habitada de forma permanente (la Mir, en 1986). Fruto de todo ello fueron multitud de innovaciones en ingeniería aeroespacial como, por ejemplo, el motor de cohetes más potente del mundo, el RD-170, fabricado por primera vez en 1985, o el primer avión supersónico de pasajeros (el Tupolev TU-144, en 1969).

Otro terreno científico en el que la Unión también sobresalió fue la informática, desarrollando desde las computadoras BESM en 1952 hasta los microprocesadores Elbrus en 1973, pasando incluso por videojuegos como el famoso Tetris (1984). La primera computadora programable de la Europa continental fue la soviética MESM, fabricada en 1949.

La Unión Soviética también fue pionera en el desarrollo de la telefonía móvil en la década de 1950 (a través de las innovaciones del ingeniero Leonid Kupriyanovich), en domótica (proyecto Sphinx, 1987), en energía nuclear (construyeron la primera central nuclear del mundo en 1954), en prospección científica (el pozo superprofundo de Kola se inició en 1970 y se abandonó en 1989 al alcanzar los 12 kilómetros de profundidad) o en la fabricación de caucho sintético (la URSS fue el primer país que lo produjo de forma industrial en 1932).

p) Cultura:

Las subvenciones estatales mantenían el precio de libros, periódicos y acontecimientos culturales al mínimo. Como resultado los trabajadores a menudo disponían de sus propias bibliotecas, y una familia soviética estaba suscrita a cuatro periódicos de media. Los ciudadanos de la URSS tenían más libros y veían más películas que cualquier otro pueblo del mundo, según la UNESCO. Cada año, el número de personas que visitaban museos casi igualaba a la mitad de la población, y la asistencia a teatros, conciertos y otras representaciones sobrepasaba a la población total. En 1970 hubo 4.650 millones de asistentes a las salas de cine soviéticas, mientras que la taquilla estadounidense en ese mismo año fue de 920 millones.

q) Arte:

En materia artística la URSS sobresalió en música (compositores como Dimitri Shostakovich, Serguei Prokofiev y Aram Khachaturian, e innovaciones como el theremín en 1928), cine (Serguei Eisenstein, Lev Kuleshov, Vsevolod Pudovkin y Dziga Vertov) o literatura (Mijail Sholojov, premio Nobel de literatura y diputado del Soviet Supremo de la URSS).

r) Consumo:

Gracias al aumento de los salarios y a la estabilidad de precios, desde

mediados de la década de 1960 los soviéticos experimentaron un aumento significativo en su nivel material. Pese a que su consumo per cápita siguió siendo más bajo que el de los Estados Unidos, la población soviética aumentó su consumo con una rapidez mayor que ninguna otra sociedad del mundo, pasando de representar el 37% del estadounidense a mediados de la década de 1960 a representar el 42% en 1981.

En 1965, por cada 100 familias, 32 tenían un televisor, pero para 1981 eran 95 familias. En 1985, 99 de cada 100 familias en la URSS tenían televisión y radio, tanto en zonas rurales como urbanas, e incluso uno de cada diez hogares en las zonas urbanas tenían dos televisores. En 1965, 17 de cada 100 familias tenían una nevera, pasando a ser 92 familias de cada 100 para 1985, tanto en zonas rurales como urbanas. En 1981 el 78% de los hogares urbanos tenían una lavadora, frente a apenas un tercio en 1965. En 1965 un 11% de las familias soviéticas tenían una aspiradora, y un 4% una grabadora; en 1981 esta cifra aumentó a un 39% y a un 33% respectivamente.

Este aumento en el consumo de electrodomésticos fue posible también gracias al aumento de la producción de bienes de consumo. La producción de televisores aumentó de más de 3,5 millones en 1965 a más de 8 millones en 1981; en el mismo período la producción de frigoríficos aumentó de 1.675.000 a casi seis millones, y la producción de aspiradoras pasó de 800.000 a 3.359.000. Incluso productos relativamente modernos como las grabadoras aumentaron su producción de 453.000 a 3.216.000.

* * *

Puede discutirse si el sistema aquí descrito concuerda o no con un ideal comunista o socialista imaginado, pero a la luz de los datos anteriores parece claro que la experiencia soviética fue un éxito en más de un sentido. Es indudable que la instauración de la URSS supuso un cambio radical a favor de la clase trabajadora, y desde luego fue un modelo mucho más igualitario que el de los países capitalistas occidentales.

3. La influencia global de la URSS

Al analizar el éxito soviético y su trascendencia no basta con examinar la repercusión económica y social que tuvo dentro de sus fronteras, también es necesario echar un vistazo al impacto que tuvo a nivel global, que es un aspecto de la historia que a menudo tiende a olvidarse pero que sin duda tiene una relevancia importante en varios aspectos.

Para empezar, a partir de 1917 la clase empresarial de todo el mundo sintió por vez primera el miedo a perder sus privilegios, y a partir de entonces estuvo dispuesta a hacer determinadas concesiones sociales con tal de evitarse males mayores. Ya hemos mencionado la instauración global de la jornada de ocho horas, pero otro buen ejemplo a ese respecto fue la salud pública. Si bien algunos gobiernos occidentales, presionados por el movimiento obrero, ya habían intentado crear un sistema sanitario que protegiese eficazmente a la clase trabajadora, la URSS fue el primer país que comenzó a implementar una red sanitaria que era al mismo tiempo pública, universal y gratuita. El Reino Unido, inspirándose en el modelo soviético, fundó en 1948 el Servicio Nacional de Salud (NHS), lo que daría el pistoletazo de salida para que otros países occidentales implantasen sistemas similares. La preocupación del gobierno soviético por la salud pública fue tal que llegó a proponer a la OMS en 1958 el plan global de vacunación que logró erradicar la viruela en todo el planeta, una enfermedad que mató en torno a 300 millones de personas sólo durante el siglo XX pese a que la vacuna era conocida desde hacía 162 años. La URSS lideró la campaña de vacunación produciendo 25 millones de dosis que serían enviadas a países de todo el globo, y en 1980 la OMS declaró la enfermedad oficialmente erradicada en el mundo.

La sanidad pública es sólo uno de aspectos del llamado "Estado del bienestar" con el que las élites occidentales pretendían garantizar unos derechos sociales mínimos de los ciudadanos, y que incluía toda una serie de políticas que ya se habían comenzado a implantar en la URSS: la seguridad social, el sistema de pensiones públicas, etc. Es complicado negar la relación que existe entre el nacimiento del Estado del bienestar y la amenaza que suponía la URSS para las élites políticas y económicas que lo impulsaron, habida cuenta que dicho modelo nació al término de la segunda guerra mundial, cuando el socialismo ya dominaba medio mundo y las ideas comunistas se extendían entre un Occidente en ruinas, y que comenzó su declive (y a iniciarse su desmantelamiento) a partir de la ofensiva liberal protagonizada por Reagan y Tatcher en la década de 1980, coincidiendo con

la perestroika de Gorbachov y el principio del fin de la URSS. Sin duda es todo un éxito de la propaganda liberal el haber conseguido que una gran parte de la sociedad occidental identifique al Estado del bienestar con el sistema capitalista, asimilando ambos conceptos como indisociables, pero lo cierto es que el Estado del bienestar nació precisamente para paliar los estragos que la economía de mercado causaba entre sus víctimas (la clase trabajadora) desde hacía siglos. A fin de cuentas el Estado del bienestar no constituye más que una breve anomalía en la larga historia de las sociedades capitalistas, la mayor parte de las cuales jamás ha disfrutado de nada parecido. Y por supuesto, derechos como la jornada de ocho horas, los salarios mínimos, los convenios colectivos en los que se regulan unas condiciones básicas de trabajo, el acceso público, gratuito y universal a la educación y a la sanidad, las pensiones públicas... no son avances que se hayan dado gracias al capitalismo, sino a pesar de él. Son conquistas ganadas por la lucha de los trabajadores occidentales a lo largo de muchos años y de mucha sangre. En esa lucha también se inscribe la misma existencia de la URSS y la amenaza que ésta suponía para el orden burgués vigente.

Otro aspecto de la influencia soviética en el mundo, está vez más directa, fue la política exterior de sus distintos gobiernos. La URSS apoyó activamente a los movimientos de liberación nacional de aquellos pueblos que se encontraban sojuzgados por las potencias imperialistas occidentales. El principio comunista del derecho de autodeterminación de las naciones, formulado por primera vez por Lenin en 1914 y en virtud del cual el primer gobierno bolchevique no dudó en conceder motu proprio la independencia a Finlandia tras la revolución de Octubre, fue aceptado mundialmente en años posteriores hasta llegar a ser incorporado a la legislación internacional que reguló el fin del colonialismo. Fue la presión de la URSS y del resto de países socialistas en las Naciones Unidas la que consiguió incluir dicho principio en las resoluciones 1514 y 1541 de la ONU en 1960, que impulsaron la descolonización, así como en los pactos internacionales de derechos humanos (pactos de Nueva York) de 1966.

Igualmente la Unión Soviética asistió políticamente de forma habitual a regímenes democráticos y/o revolucionarios, y frecuentemente les proporcionó ayuda militar ante el ataque de otras potencias imperialistas. Así, apoyó al Ejército Popular de Liberación contra el dictador Chiang Kai-shek durante la guerra civil china; ayudó a Cuba en 1962 para impedir que fuese invadida por Estados Unidos; al gobierno revolucionario de Vietnam del Norte durante la guerra en aquel país; a la guerrilla rebelde congoleña en su lucha contra el dictador Mobutu a principios de la década de 1960; a los revolucionarios etíopes contra el emperador Haile Selassie en 1974; al Movimiento

Popular de Liberación de Angola y en contra del régimen sudafricano del apartheid entre 1975 y 1991; a Vietnam frente al régimen de Pol Pot y los Jemeres Rojos camboyanos (apoyados por Estados Unidos) entre 1978 y 1989; y al gobierno sandinista de Nicaragua entre 1980 y 1990 frente a las fuerzas terroristas de la Contra apoyadas por Estados Unidos.

Del mismo modo la Unión Soviética se posicionó siempre activamente contra el fascismo, llegando a impulsar en la Internacional Comunista la idea de los frentes populares, una exitosa política de alianzas electorales con otras fuerzas políticas de izquierdas e incluso de derechas con el fin de frenar al fascismo en todos los países en los que éste avanzaba políticamente. También fue el gobierno soviético el único que ayudó militarmente en 1936 a la república española cuando sufrió un golpe de Estado fascista apoyado por Hitler y Mussolini, mientras los gobiernos de las potencias capitalistas occidentales miraban hacia otro lado. La propaganda anticomunista suele esgrimir el pacto de no agresión entre la URSS y la Alemania nazi, firmado en vísperas de la segunda guerra mundial, como una prueba de la supuesta buena sintonía existente entre Hitler y Stalin o incluso como la "demostración" de que el socialismo y el fascismo son sistemas íntimamente relacionados. Se olvida convenientemente que dicho pacto sólo se llevó a cabo después de que las potencias occidentales firmasen con Hitler el acuerdo de Munich en 1938, en el que se dio vía libre a Alemania para hacerse con parte de Checoslovaquia (tras haberse anexionado ya Austria), y después de que Stalin hiciese varias propuestas de alianza contra Alemania a Francia y el Reino Unido que fueron sistemáticamente ignoradas por parte de Occidente, con la esperanza de que la siguiente víctima de Hitler fuese la propia URSS. El pacto de no agresión germano-soviético fue la única forma que tuvo la Unión Soviética de ganar tiempo ante una Alemania ya decidida a expandirse militarmente hacia el Este incluso a costa de una nueva guerra mundial, como finalmente sucedió.

Por otro lado es indudable que sin la URSS jamás se hubiese producido la victoria aliada en la segunda guerra mundial. No sólo fue el país que más víctimas sufrió en el conflicto (en torno a 27 millones de personas, nada menos que el 13% de su población), además la batalla de Stalingrado marcó un punto de inflexión en la guerra y fue el principio del fin de la Alemania nazi. Tanta importancia tuvo esa batalla que sólo en ella murieron más soldados alemanes que en todo el frente occidental. Un sondeo del IFOP (Instituto Francés de Opinión Pública) realizado al término de la segunda guerra mundial mostraba que un 57% de los ciudadanos franceses consideraba que la nación que más había contribuido a la derrota de Alemania había sido la URSS, mientras que sólo un 20% creía que había sido Estados

Unidos. El mismo sondeo realizado en 2004, casi sesenta años después, mostró los mismos resultados pero a la inversa: sólo un 20% consideraba mayor la contribución soviética, frente a un 58% de franceses que responsabilizaba de la victoria a Estados Unidos. Entre un sondeo y otro, por supuesto, hubo varias décadas de propaganda cultural estadounidense.

Otra acusación habitual contra la URSS es la de llevar a cabo una política exterior "imperialista" y "expansionista". Pero si hay algo que caracteriza al imperialismo es la explotación de los recursos de la colonia sometida al poder de la metrópoli, de tal manera que en la práctica siempre se produce una transferencia de riqueza de la primera a la segunda. El supuesto "imperialismo" de la URSS era tan radicalmente diferente al imperialismo tradicional de las potencias capitalistas que esa habitual transferencia de riqueza se producía a la inversa: era el centro más rico (Rusia) el que subvencionaba a las repúblicas socialistas soviéticas más pobres, y al mismo tiempo era la URSS quien subvencionaba al resto de Estados socialistas de su órbita política. Prueba de ello fueron los enormes problemas económicos que sufrió Cuba durante el llamado “período especial”, a principios de la década de 1990, es decir, tras la disolución de la URSS y del COMECON, la organización de cooperación económica formada en torno a la Unión Soviética y el resto de países socialistas y de la que Cuba tanto se benefició.

En cuanto al supuesto expansionismo militar de la URSS, tras la segunda guerra mundial el gobierno soviético sólo intervino militarmente en Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979-1989). Las dos primeras intervenciones se produjeron en países que ya formaban parte del pacto de Varsovia, y causaron un total de 8.000 víctimas en el primer caso y 200 en el segundo. Es ilustrativo comparar dichas intervenciones militares con las que realizó Estados Unidos durante el mismo período, la mayor parte de las mismas bastante lejos de su esfera de influencia política: Corea (1950-1953, donde Estados Unidos bombardeó masivamente el norte del país y destruyó todas sus ciudades), Cuba (1961, 2.000 víctimas), República Dominicana (1965, 5.000 víctimas), Vietnam (1963-1973, tres millones de víctimas), Laos (1968-1972, 150.000 víctimas) y Camboya (1968-1972, 250.000 víctimas).

En cuanto a la intervención soviética en Afganistán, mucho más larga y sangrienta que las de Hungría y Checoslovaquia, se produjo a petición del propio gobierno afgano y con el fin de defenderle de la invasión de un ejército de integristas islámicos armados y reclutados por todo el mundo a través de la CIA (Operación Ciclón) que tenían como objetivo derrocar al gobierno legítimo surgido de la revolución de Saur. En el Afganistán de 1970 alrededor del

97% de las mujeres y del 90% de los hombres eran analfabetos; en torno al 5% de los propietarios poseían más del 50% de las tierras fértiles; sobre 17 millones de habitantes había 35.000 obreros pero 250.000 mulás; apenas había infraestructuras o industria; la esperanza de vida era de 42 años, y la mortalidad infantil era la más alta del mundo; la mitad de la población sufría tuberculosis, y una cuarta parte malaria. La revolución de Saur de 1978 (que pilló tan de sorpresa a Occidente como a la Unión Soviética, según reconocía la revista Time en su número de enero de 1980) intentó cambiar ese escenario iniciando un programa de transformaciones profundas del país: canceló deudas, préstamos e hipotecas que los campesinos habían tomado de usureros; se hizo un decreto para "*garantizar la igualdad de derechos entre mujeres y hombres en el ámbito del derecho civil y eliminar las injustas relaciones feudales patriarcales entre esposa y marido*"; ilegalizó los matrimonios por dinero o forzados; distribuyó gratuitamente las tierras confiscadas a los señores emigrados y a la familia real para los campesinos sin tierra. También fueron legalizados los sindicatos, se estableció un salario mínimo, un impuesto a la renta progresivo, se redujo el precio de alimentos de primera necesidad, se prohibió el cultivo del opio, se promovieron cooperativas campesinas; se inició una campaña de alfabetización y se proyectó desarrollar las industrias pesada y ligera. El nuevo gobierno fue reconocido internacionalmente, también por la URSS, con quien Afganistán firmó un tratado de cooperación civil y militar. Fue en virtud de ese tratado por el que el gobierno revolucionario afgano pidió ayuda a la Unión Soviética cuando se encontró acosado por la agresión armada de miles de fundamentalistas islámicos entrenados y armados en Pakistán. Se estima que el gobierno de los Estados Unidos invirtió en dicha operación aproximadamente 40.000 millones de dólares, y el propio consejero de Seguridad Nacional de Reagan, Zbigniew Brzezinski, confesó en una entrevista concedida en 1998 al semanario francés Le Nouvel Observateur que el objetivo último de la misión era precisamente provocar que la Unión Soviética se involucrase en un conflicto armado que la desangrase no sólo en un sentido real sino también económico:

"*Fue el 3 de julio de 1979 cuando el presidente Carter firmó la primera directiva sobre la asistencia clandestina para los opositores al régimen prosoviético de Kabul. Y ese día yo escribí una nota al presidente donde le explicaba que en mi opinión esa ayuda provocaría una intervención militar de los soviéticos.* (...) *Nosotros no empujamos a los soviéticos a intervenir, pero incrementamos conscientemente la probabilidad de que lo hicieran.* (...) *Aquella operación secreta era una excelente idea. Su efecto fue que atrajo a los rusos a caer en la trampa afgana.* (...) *El día que los soviéticos cruzaron oficialmente la frontera, yo le escribí al presidente Carter diciéndole sustan-*

cialmente: 'ahora tenemos la oportunidad de darle a la URSS su guerra de Vietnam'. (...) *¿Qué es lo más importante para la historia mundial? ¿Los talibanes o la caída del imperio soviético? ¿Algunos locos islamistas o la liberación de Europa central y el fin de la guerra fría?*"

Esos "locos islamistas" a los que se refería Brzezinski no eran otros que Al Qaeda y otras organizaciones yihadistas que fueron creadas, financiadas, armadas y entrenadas por la CIA para enfrentarse al Ejército Rojo soviético. Afganistán se convirtió así en un gigantesco campo de entrenamiento para integristas islámicos procedentes de todo el mundo, que tras el conflicto volverían a sus países para continuar la guerra santa por su cuenta, encuadrados en diferentes organizaciones armadas. El surgimiento del terrorismo internacional yihadista era una contingencia que, como acabamos de ver, preocupó más bien poco a un gobierno estadounidense cuya prioridad en ese momento era el hundimiento económico de la URSS por los medios que fuesen necesarios para así "demostrar" el fracaso del socialismo.

La lucha soviética contra el fundamentalismo religioso no se limitó sólo a la guerra de Afganistán sino que es otro aspecto en el que la URSS también influyó decisivamente a nivel mundial. Ya en 1927 el gobierno de Stalin había implantado el Hujum, un programa de acciones políticas llevado a cabo en las repúblicas soviéticas del Asia Central para erradicar la sharia islámica y defender los derechos de las mujeres. El éxito de la campaña fue tan notable que incluso puede seguir percibiéndose hoy en día en dichos países, donde la presencia de determinados símbolos del fundamentalismo islámico (como el hijab) están mucho menos presentes que en otros países de mayoría musulmana. Previamente, en 1919, se había formado el Zhenodtel, la sección del partido comunista dedicada a los asuntos de la mujer, cuyo papel principal era luchar por los derechos de las mujeres y propagar las victorias que habían sido adquiridas. El Zhenotdel se dedicaba a la tarea de educar a las mujeres de todas la regiones de la Unión Soviética acerca de sus nuevos derechos políticos, económicos y laborales, y en la parte centroasiática de la URSS el Zhenotdel hizo una campaña de emancipación de la mujer musulmana que incluía el abandono del hijab y el burka.

No hay que olvidar que en 1917 el gobierno bolchevique ya había proclamado la igualdad absoluta entre las mujeres y los hombres respecto a todos los derechos civiles y políticos, lo que incluía el derecho al voto y a ser votado para un cargo público; no es casualidad que la primera mujer en el mundo en ser elegida como ministra en ese mismo año fuese la comunista Alexandra Kollontai. Pese a que en el imaginario occidental se responsabilice en exclusiva a las sufragistas burguesas de la conquista del derecho al voto

femenino, lo cierto es que antes de la revolución bolchevique sólo estaba reconocido en cuatro naciones (Noruega, Dinamarca, Australia y Nueva Zelanda), pero después de la revolución de 1917 lo reconocieron la mayor parte de los países occidentales: Reino Unido y Alemania en 1918, y Estados Unidos en 1920. Algunos países lo harían mucho más tarde, como por ejemplo España (1931) o Francia (1944).

La igualdad soviética de la mujer incluía también, al igual que en el caso de los hombres, la obligación de trabajar. Las mujeres podían hacerlo sin restricción alguna: ejercían como obreras industriales, médicas cirujanas, profesoras, científicas e incluso astrónomas, y por supuesto lo hacían recibiendo el mismo salario que los hombres. Así, casi una tercera parte de los jueces ordinarios soviéticos eran mujeres, al igual que una tercera parte de los parlamentarios o un 70% de los médicos. Un 85% de las mujeres soviéticas en edad de trabajar lo hacían en 1974, comparado con el 50% en los Estados Unidos en esa misma época.

También en 1917 las ciudadanas soviéticas obtuvieron el derecho al divorcio; se efectuaba de inmediato si ambas partes estaban de acuerdo en llevarlo a cabo, y únicamente se llegaba a juicio si era sólo una de las partes quien lo solicitaba, con independencia de que fuese el hombre o la mujer. Además a las mujeres divorciadas se les otorgó el derecho a recibir un ingreso por parte de sus ex maridos, modelo que luego fue copiado por el resto del mundo. La ley sobre el matrimonio civil también permitió a la mujer conservar su apellido de soltera, posibilitándose que las familias llevaran el apellido materno o paterno, según la decisión que tomara la propia pareja. Fue un avance tan inédito por entonces que todavía hoy no ha llegado a la mayor parte de países del planeta.

En 1920 se legalizó el aborto y por primera vez en la historia las mujeres pudieron acceder a él de manera digna, segura y gratuita en los hospitales públicos, algo que, de nuevo, es todavía hoy difícil de imaginar en la mayor parte del mundo.

En 1947 se instituyeron subsidios para las madres solteras, y también por primera vez en la historia la baja de maternidad pagada fue universal, es decir, aplicada a todas las mujeres sin importar su condición social, religión, color de piel, ni, por supuesto, que estuvieran casadas o no. Dicha baja creció paulatinamente desde entre dos y seis meses de duración en 1917 hasta el año y medio en 1970 y, al ser públicas las empresas, las mujeres no sufrían la discriminación laboral que padecen frecuentemente cuando la empresa es de titularidad privada.

Evidentemente no puede decirse que la desigualdad sexual fuese erradicada completamente de la URSS, como demuestra el hecho de que las tareas en el hogar siguieran recayendo mayoritariamente en las mujeres o que los derechos conquistados por las mujeres tuvieran también sus épocas de retroceso, particularmente durante el período estalinista (por ejemplo, el aborto volvió a ser ilegal entre 1936 y 1955). Pero no cabe duda de que la Unión Soviética fue pionera en la lucha por la igualdad sexual, y marcó la pauta para la emancipación de las mujeres trabajadoras en el resto del mundo.

4. Los problemas del socialismo

Hasta aquí hemos analizado la experiencia soviética a grandes rasgos, destacando sus aspectos más positivos con objeto de demostrar su relativo éxito a nivel general, pero eso no significa que fuese un sistema exento de problemas. Téngase en cuenta la dificultad de llevar a cabo un experimento socioeconómico de esa magnitud en un país de sus características: la Unión Soviética estaba formada por quince repúblicas, alrededor de cien nacionalidades y 287 millones de ciudadanos, y se extendía por toda Eurasia, desde el Báltico y el Mar Negro hasta el océano Pacífico, ocupaba 22,4 millones de kilómetros cuadrados (una sexta parte de la Tierra, 2,5 veces el área de Estados Unidos y seis veces la superficie de la India) y cubría casi la mitad de los husos horarios del planeta (11 de 24). Además la revolución de Octubre se produjo en circunstancias realmente desfavorables: en un país con un atraso económico y social de varios siglos, entre una población mayoritariamente analfabeta que vivía en la miseria, diezmada por las matanzas de la primera guerra mundial, y que inmediatamente sufrió el ataque armado de los contrarrevolucionarios rusos aliados con las mayores potencias del planeta. Catorce países (entre ellos Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Italia, Japón y China) enviaron un total de 150.000 soldados para luchar al lado del llamado ejército blanco ruso con el fin de derrocar al nuevo gobierno bolchevique. Lo intentaron durante cinco años y medio sin conseguirlo, pero por el camino arruinaron al país y provocaron alrededor de nueve millones de víctimas. Sin olvidar, por supuesto, la segunda guerra mundial posterior con sus 27 millones de ciudadanos soviéticos muertos y la destrucción de gran parte de su industria.

Otras experiencias socialistas posteriores también sufrieron adversidades parecidas. Fue el caso de Corea del Norte y Vietnam, cuyas revolu-

ciones quedarían lastradas por la destrucción generalizada que realizó Estados Unidos en ambos países durante las décadas de 1950 y 1960, respectivamente. Lo mismo puede decirse de Cuba, donde la revolución convirtió al país en una potencia mundial en sanidad y educación a pesar de sufrir durante varias décadas el bloqueo económico y el ataque terrorista constante de la mayor superpotencia del planeta. No deja de llamar la atención el afán permanente de las potencias capitalistas en intentar "demostrar" el fracaso del socialismo a base de impedir su libre desarrollo con todo tipo de obstáculos económicos y agresiones armadas.

Con todo, y como decíamos, es cierto que la economía soviética sufría dificultades. En lo que respecta al consumo, una de las más evidentes era la falta de surtido. La mayoría de las veces la capacidad de elegir del consumidor se limitaba a una o unas pocas variedades de cada género. Además, la primacía de la producción sobre el consumidor y la rigidez del sistema provocaban en numerosas ocasiones la sobreabundancia de artículos no necesarios y la escasez de productos muy demandados.

Dicha escasez era probablemente uno de los problemas más graves para los soviéticos. Por ejemplo, para acceder a la compra de un vehículo no bastaba con haber ahorrado la cantidad de dinero que valía, también era necesario esperar un turno que duraba varios años. Y el problema de la escasez no era exclusivo de los bienes de lujo, sino que en ocasiones afectaba también a productos básicos. Y si se corría la voz de que a un determinado punto de venta había llegado una partida de alguna mercancía que en ese momento escaseaba, los consumidores acudían en su busca y formaban largas colas en las puertas de las tiendas. Afortunadamente la escasez no llegaba al punto del desabastecimiento, salvo en momentos y lugares muy puntuales.

Uno de los bienes más importantes que escaseaban era la vivienda. Todavía en 1960 aproximadamente el 60% de las familias soviéticas vivía en *komunalkas*, amplios pisos para varias familias en las que la cocina y el baño eran compartidos. En 1956 Khrushov anunció que el Estado daría prioridad a la construcción de viviendas con la intención de que cada familia tuviese un apartamento no compartido con la fecha límite de 1970. A pesar de que entre 1956 y 1976 se construyeron en la URSS 44 millones de nuevas viviendas (2,2 millones de pisos al año, más que en ningún otro país del mundo), el anuncio de Krushov no se cumplió: en 1974 un 30% de la población continuaba viviendo en komunalkas. Por eso la construcción de nuevas viviendas no se detuvo, y sólo entre 1981 y 1985 se construyeron alrededor de diez millones de pisos más. El tamaño medio de los apartamentos soviéticos pasó

de 42,3 metros cuadrados en 1960, a 56,4 metros cuadrados en 1985. La construcción de viviendas en la URSS alcanzó su máximo histórico en 1987, y tras la vuelta del capitalismo a Rusia la producción de viviendas se desplomó, siendo ésta en 2014 aún menor que en 1969.

La escasez, por otro lado, daba lugar a un problema derivado: la desigualdad en el acceso. Aunque, como ya hemos visto, la igualdad salarial en la URSS fuese mucho mayor que en los países capitalistas, lo cierto es que los dirigentes del Estado sí se beneficiaban de varios pluses no pecuniarios: la posibilidad de saltarse las listas de espera (para la adquisición de vivienda, por ejemplo), el disfrute de bienes propiedad del Estado (como el gran parque de vehículos de titularidad estatal), o el acceso a productos especialmente deficitarios (sobre todo productos de importación) en tiendas especiales restringidas a dirigentes del partido, o a calidades superiores de un bien universal (como la sanidad). Esa desigualdad al acceso no era privativa de los dirigentes soviéticos, sino que se extendía a cualquier trabajador de cualquier ramo de la economía: el carnicero tenía más facilidad para acceder a la carne, el trabajador de la fábrica de tabaco se cobraba un plus en cajetillas de cigarros, etc.

Otro gran problema de la economía soviética era el despilfarro de recursos y energía. Para producir 1.000 dólares de PIB se necesitaban 1.490 kilos de carbón en comparación a los 565 de Alemania occidental, una mala gestión que sólo era compensada por la enorme producción y las ingentes reservas de materia prima.

Por último, y pese a que la contaminación por persona en la URSS, sin incluir las emisiones de automóviles, era menor que en los Estados Unidos, lo cierto es que los costos por contaminación y empobrecimiento medioambiental en la URSS eran altísimos, y se dejaban sentir en multitud de aspectos: emisiones incontroladas de dióxido de azufre, peligrosos vertederos de residuos nucleares y de todo tipo, erosión del suelo, o el envenenamiento del lago Baikal y los mares Negro, Báltico y Caspio. Mención especial debe hacerse al desecamiento del mar de Aral a partir de la década de 1960, cuando el gobierno soviético decidió trasvasar los ríos que confluían en él y así desviar agua para regar los cultivos de algodón de Uzbekistán y Kazajistán, lo que constituyó una de las mayores catástrofes ecológicas del planeta (gracias a la cual, sin embargo, Uzbekistán se convirtió en uno de los mayores productores y exportadores de algodón del mundo).

Sin duda una gran parte de los problemas mencionados se debían a la falta de incentivos del sistema, algo que los propios ciudadanos soviéticos

comprobaban a veces de forma bastante desagradable. Por poner un ejemplo bastante elocuente, los camareros de los restaurantes no tenían ninguna razón para mantener una adecuada atención al cliente, toda vez que no sólo no obtenían ninguna recompensa por ello sino que tampoco recibían ningún castigo: tenían garantizado el empleo con independencia de cómo desarrollasen su trabajo. Otra consecuencia un poco menos evidente de la ausencia de incentivos era la falta de innovación en la industria. En demasiadas ocasiones la innovación ponía en peligro la carrera de los directivos, y a menudo no les recompensaba arriesgarse. La presión para cumplir los objetivos de producción de los planes económicos desincentivaba la experimentación e incluso la introducción de mejoras tecnológicas, y a veces incentivaba la disminución de la calidad. Más aún: las fábricas bien gestionadas que cumplían el plan económico, o que lo superaban, con frecuencia recibían el castigo de una carga de trabajo aumentada.

Evidentemente todos estos problemas tuvieron sus efectos a largo plazo, y a mediados de la década de 1980 existían indicios preocupantes en la marcha de la economía soviética. Así, la producción siderúrgica y petrolera se estancó en el período 1980-1984. A pesar de sus éxitos en la carrera espacial o la industria nuclear, la URSS había terminado quedándose rezagada en sectores de alta tecnología, como la robótica, ordenadores, láser, telecomunicaciones o fibra óptica. Para frenar el estancamiento industrial se recurrió al empleo masivo de mano de obra, que terminó por hacer caer los índices de productividad. Además, la contratación de personal se hacía difícil debido al pleno empleo en el país; sin duda el elevado gasto militar, que representaba entre un 8 y un 15% del PIB y que apartaba a los trabajadores más capacitados de la industria civil, también tenía mucho que ver con este problema.

En lo que respecta al sector agrícola, en la década de 1980 la producción de cereales no registró alza alguna con respecto a la década anterior, pese a las grandes inversiones realizadas. La productividad agrícola era increíblemente baja a pesar de su alto grado de mecanización, hasta el punto de que el rendimiento por hectárea era unas siete veces menor que el registrado en el campo estadounidense. Dos tercios del equipo de procesamiento agrícola utilizado en la década de 1980 estaba anticuado, pues buena parte del mismo procedía de los decenios de 1950 y 1960. Nada menos que entre el 20% y el 50% de las cosechas de cereal, patata, azúcar, remolacha y frutas se echaba a perder antes de llegar a las tiendas. Incluso cuando los abastecimientos eran adecuados los retrasos en la entrega provocaban escaseces temporales, que generaban colas, acaparamiento de productos y racionamientos ocasionales. Así, un país históricamente exportador de

productos agrícolas como la Unión Soviética, a pesar de copar las primeras posiciones mundiales en producción agrícola, tuvo que recurrir a la importación de cereales para satisfacer sus necesidades alimenticias desde 1971.

Hay que señalar que, con ser graves, la mayor parte de estos problemas, si no todos, eran mucho más fáciles de resolver con un sistema socialista que con uno de mercado. Por ejemplo, el problema del acceso a la vivienda en la URSS se solucionaba de la forma más lógica imaginable: simplemente construyendo más casas y distribuyéndolas entre la sociedad; pero esa lógica no se aplica en una economía capitalista, y de hecho en España el mercado no resuelve el mismo problema a pesar de haber casi tres millones de casas vacías a las que no se les da ningún uso.

Otros muchos problemas de la economía soviética eran sin duda mucho más complejos, pero no imposibles de resolver, y desde luego no eran inherentes al socialismo en sí. Sin ir más lejos, nada impedía instaurar un sistema eficaz de incentivos (no necesariamente económicos, o no sólo) en el marco de una economía socialista. El propio sistema soviético admitía una disparidad de salarios en función de las categorías profesionales y otro tipo de factores, y podría haber asumido otras diferencias entre trabajadores, directivos y empresas en función del éxito del rendimiento, la calidad o la innovación, sin poner por ello en riesgo el igualitarismo fundamental propio del socialismo.

Sea como fuere, la dificultad de llevar a cabo una planificación económica completa a gran escala en un país tan enorme y complejo como la URSS, y hacerlo además sin experiencias previas de las que aprender y con las circunstancias adversas ya mencionadas, explica de sobra los problemas que sufrió el socialismo soviético. Nadie dijo que edificar un sistema socialista sería fácil, ni que saldría bien a la primera. Al contrario, era de esperar que después de iniciar un proceso tan ambicioso como ese surgiesen todo tipo de errores, contradicciones y deficiencias. Un nuevo modo de producción tan sumamente avanzado no puede organizarse de la noche a la mañana, ni luego echa a andar por sí solo de forma totalmente acabada. Más bien se requiere de un proceso de desarrollo continuo que puede necesitar de muchos años de esfuerzo colectivo para darle una forma general óptima.

CAPÍTULO 3. DEMOCRACIA

1. La democracia liberal

Ya desde la misma revolución de 1917 el nuevo gobierno bolchevique recibió todo tipo de críticas por parte de las élites occidentales, acusándole de ser un gobierno dictatorial y represivo que perseguía a los disidentes y violaba sus derechos humanos. Por lo general es una acusación que no sólo han recibido invariablemente todos los Estados socialistas, sin excepción, sino también cualquier gobierno que no se haya plegado a los designios del capital internacional o que simplemente haya decidido usar los recursos del país para el desarrollo de su propia población, no necesariamente en el marco de una economía socialista y con independencia de lo escrupuloso que pueda llegar a ser dicho gobierno a la hora de cumplir con los procedimientos democráticos habituales. Como es obvio, y en contraste con dicha crítica, los Estados burgueses se presentan a sí mismos como sistemas democráticos y más o menos respetuosos con los derechos humanos, civiles y políticos de sus ciudadanos, incluso los de sus disidentes. Se hace necesario, por tanto, analizar la realidad histórica y política de la democracia liberal para comprobar hasta qué punto dicha concepción es cierta o si por el contrario obedece más a una mera imagen propagandística. Sólo a partir de ese análisis podremos realizar una comparación mínimamente aceptable con el panorama soviético.

Pese a que los teóricos liberales pretendan arrogarse la paternidad de la democracia moderna, lo cierto es que ésta no se originó tal y como la conocemos hoy, sino que fueron más bien las luchas populares posteriores las que le dieron forma gradualmente hasta alcanzar el punto de desarrollo actual. En realidad, el sistema creado por las revoluciones liberales de los siglos XVIII y XIX consistía más bien en un gobierno de las clases propietarias. Se trataba de un sistema basado en el sufragio censitario, es decir, una democracia en la que sólo participaban aquellos ciudadanos registrados en el censo electoral, generalmente restringido a los varones que poseían propiedades inmuebles o un determinado nivel de rentas. Es a lo largo de los siglos XIX y XX cuando el derecho al voto se extiende, no sin su correspondiente lucha histórica, a otras capas de la población: primero a los hombres sin propiedades, luego a los ex esclavos (los negros estadounidenses no adquirirían plenamente el derecho al voto hasta 1965), a las mujeres y a los jóvenes. Asimismo fue también la lucha de la clase trabajadora la que

impulsó otros avances democráticos de los países capitalistas, derechos cuya mayor parte se conquistaron siempre con la oposición de las élites liberales, que, entonces como hoy, no hacían tanto hincapié en la defensa de los derechos políticos de los ciudadanos como en las libertades económicas de la burguesía dominante. Así, por ejemplo, pese a que la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos de 1791 ya reconocía expresamente la libertad de expresión de la ciudadanía, se trataba de un derecho más formal que real que se fue desarrollando poco a poco a lo largo de los años, y hubo que esperar hasta 1989 (cuando el Tribunal Supremo admitió la quema de una bandera estadounidense por parte del comunista Gregory Lee Johnson en el marco de una manifestación pacífica) para que el derecho a la libertad de expresión en los Estados Unidos alcanzase la dimensión que tiene actualmente.

Esa paulatina expansión de derechos democráticos no es algo ante lo que el poder económico se mantenga indiferente. Por el contrario, en el informe *La crisis de la democracia*, redactado en 1975 por la Comisión Trilateral, una organización privada que reúne a la élite financiera y empresarial de Europa, Norteamérica y Japón, ya se mostraban claras preocupaciones al respecto:

"*En el curso de los últimos años el funcionamiento de la democracia parece haber provocado un desmoronamiento de los medios clásicos de control social, una deslegitimación de la autoridad política y una sobrecarga de exigencias a los gobiernos.* (...) *De igual modo que existen unos límites potencialmente deseables de crecimiento económico, también hay unos límites deseables de extensión democrática. Y una extensión indefinida de la democracia no es deseable.* (...) *El funcionamiento eficaz de un sistema político democrático generalmente requiere cierta medida de apatía y no participación por parte de algunos individuos y grupos.* (...) *Un desafío importante ha sido lanzado por ciertos intelectuales y por grupos próximos a ellos, que afirman su disgusto por la corrupción, el materialismo y la ineficacia del sistema, al mismo tiempo que ponen de manifiesto la subordinación de los gobiernos democráticos al capitalismo. Los contestatarios que manifiestan su desagrado ante la sumisión de los gobiernos democráticos al capitalismo constituyen hoy un serio peligro. Se hace preciso reservar al gobierno el derecho y la posibilidad de retener toda información en su fuente*".

El informe de la Comisión Trilateral se quedaba corto al mencionar la sumisión de los gobiernos occidentales al capital privado; en realidad, dicha sumisión se extiende a todo el Estado burgués en sí puesto que también los poderes legislativo y judicial se encuentran limitados en mayor o menor

medida por el poder de la oligarquía empresarial, convirtiendo el principio liberal de la separación de poderes en una mera farsa. Cabe preguntarse además hasta qué punto puede ser calificado de "democrático" un sistema en el que se vulneran permamentemente los derechos sociales de su población (derecho al empleo, a un salario justo, a una vivienda digna, a una alimentación mínima...), que tiende hacia la desigualdad extrema y que con frecuencia mantiene a las masas trabajadoras en una situación de pobreza y privaciones mientras una minoría de privilegiados detenta la mayor parte de la riqueza, el poder económico, mediático e, indirectamente, el político. La realidad nos muestra que las sociedades capitalistas no tienen capacidad alguna para tomar decisiones democráticas sobre la producción y distribución de los bienes y servicios que ellas mismas producen, ni la gran masa de la población puede soñar siquiera con la posibilidad de tener voz (mucho menos voto), no ya en los ambientes del poder económico donde se toman ese tipo de decisiones, sino ni siquiera en sus propios centros de trabajo. Ese poder reside siempre exclusivamente en una pequeña oligarquía que mantiene y transmite su dominio económico de padres a hijos, de generación en generación. Visto desde esa perspectiva, el modelo político burgués quizá no resulte ser tanto una democracia como una plutocracia, un sistema en el que el poder reside realmente en la oligarquía acaudalada de la sociedad.

Es cierto que la democracia liberal se basa en la participación en las elecciones de una variedad de partidos políticos, pero en la práctica se trata de un sistema meramente procedimental que no garantiza en absoluto un poder efectivo de las masas populares. Al fin y al cabo, la República Democrática Alemana también celebraba elecciones multipartidistas a unas instituciones políticas en las que se encontraban representados todos los sectores de la sociedad, incluyendo tanto a la derecha democristiana como a la derecha liberal, pero no por ello las élites liberales occidentales reconocían que fuese un sistema democrático. Antes bien, con frecuencia suele argüirse que la RDA era democrática sólo en apariencia porque todos los partidos del sistema estaban igual de comprometidos con el modo de producción socialista. ¿Cómo deberíamos calificar entonces a aquellas democracias burguesas cuyos sistemas electorales son copados en la práctica por una minoría de partidos igualmente comprometidos con la economía de mercado? El ejemplo más claro en ese sentido es el de la propia democracia estadounidense, faro e inspiración del resto de democracias occidentales, y cuyo sistema político se basa en la práctica en la disputa electoral entre dos partidos con la misma ideología básica. Ambas formaciones no son sino las dos facciones (una más progresista y otra más conservadora) de un mismo partido liberal formado en su mayor parte por burgueses o representantes de los intereses de éstos. Ciertamente en otros países occidentales el espectro

político se amplía hasta alcanzar a partidos de otras tendencias ideológicas como la socialdemocracia, o incluso a partidos comunistas... siempre y cuando no ganen las elecciones y pretendan aplicar un programa económico de carácter socialista, en cuyo caso invariablemente sufren una ofensiva política, mediática, económica o incluso militar por parte del capital hasta desalojarles del poder. Y en cualquier caso, si examinamos las múltiples herramientas con que cuenta el poder económico para influir y condicionar al poder político, resulta evidente que el juego de la democracia liberal se juega con las cartas marcadas. Una de esas herramientas es la financiación legal o ilegal de los partidos políticos favoritos de la oligarquía, es decir, de aquellos que representan mejor sus intereses.

Probablemente una de las armas más poderosas de que dispone el poder económico sean los medios de comunicación, que a la postre no son más que empresas privadas propiedad a su vez de bancos y grandes corporaciones dominadas por la élite empresarial y financiera. Como tales su objetivo primordial no es informar a la sociedad, sino obtener el máximo beneficio económico, y por tanto su propia naturaleza supone un filtro que distorsiona la realidad que transmiten tales medios. Un segundo filtro lo constituyen las empresas que se anuncian en ellos, publicidad cuya mera presencia supone también una presión económica sobre el tratamiento de la información. Como es obvio, todas esas corporaciones (el medio de comunicación en sí, la empresa dueña del mismo y las empresas que se anuncian en él) están igual de comprometidas con el sistema socioeconómico del que se benefician, lo que previsiblemente determinará el sesgo informativo del medio de comunicación en cuestión y su línea editorial: a favor del capitalismo y en contra de cualquier disidencia al mismo.

Es una tesis razonable que en su día pusieron a prueba Noam Chomsky y Edward Herman. En su obra *Manufacturing consent* (1988) analizaron la cobertura que los grandes medios de comunicación estadounidenses dieron al asesinato de Jerzy Popieluszko. Este sacerdote católico polaco fue asesinado en 1984 por tres policías de su país, que a los pocos días fueron detenidos y posteriormente juzgados y condenados por asesinato (junto con su superior inmediato) a duras penas de cárcel. Dado que el suceso se consideró una prueba de la supuesta persecución religiosa en los países socialistas de Europa del Este, en los 18 meses siguientes mereció la publicación de 78 artículos (10 de ellos en portada) y tres editoriales en el New York Times, 16 artículos en Time y Newsweek, y 69 reportajes en CBS News. Chomsky y Herman confrontaron esta cobertura mediática con la que merecieron otros asesinatos de religiosos cometidos por fuerzas oficiales o paramilitares vinculadas a gobiernos aliados de Washington en América

Latina, durante otros 18 meses contando a partir del primer informe de la desaparición o asesinato de la víctima en cuestión:

- 72 religiosos asesinados en toda América Latina entre 1964 y 1978: ocho artículos (sólo uno en portada) y ningún editorial en el New York Times, y ningún artículo en Time o Newsweek (sólo tenemos datos de la CBS a partir de 1975).

- 23 religiosos asesinados en Guatemala entre 1980 y 1985, tres de ellos con nacionalidad estadounidense: siete artículos (ninguno en portada) y ningún editorial en el New York Times, dos artículos en Time y Newsweek y cuatro reportajes en CBS News.

- Asesinato del arzobispo Óscar Romero en El Salvador en 1980: 16 artículos (cuatro en portada) y ningún editorial en el New York Times, tres artículos en Time y Newsweek y 17 reportajes en CBS News.

- Cuatro religiosas violadas y asesinadas en El Salvador en 1980: 26 artículos (tres en portada) y ningún editorial en el New York Times, cinco artículos en Time y Newsweek y 32 reportajes en CBS News.

En suma, el asesinato político de un centenar de religiosos en América Latina entre 1964 y 1985 sólo mereció 57 artículos (ocho en portada) y ningún editorial del New York Times, y diez artículos en Time y Newsweek. En cuanto a CBS News, dedicó 53 reportajes al asesinato de 28 religiosos entre 1980 y 1985. Compárese esta cobertura mediática con la que recibió el asesinato de Popieluszko. Los autores de *Manufacturing consent* no se limitaron a señalar diferencias meramente cuantitativas, sino también otros aspectos más cualitativos como, por ejemplo, los términos usados en la información: mucho más duros cuando se trataba de hablar del gobierno polaco y su responsabilidad, o más sentimentales cuando se referían a Popieluszko.

El estudio de Chomsky y Herman incluyó otros casos en los que la disparidad de tratamiento mediático era más que llamativa, dependiendo de si se trataba de gobiernos aliados de Washington o no. El procedimiento siempre era el mismo: minimizar o incluso silenciar aquellos hechos incómodos para el poder y resaltar aquellos otros que interesa que sean conocidos por el gran público; jugar con el lenguaje y utilizar las palabras adecuadas a la hora de tratar la información; centrar el debate público allá donde se desea y marcar los límites del mismo, presentando como radicales y excéntricos a quienes no se amoldan al debate mediático o a sus límites... La conclusión de los autores era que los grandes medios de comunicación esta-

dounidenses, como meros brazos mediáticos del poder económico, no son tanto una herramienta de información para la sociedad como un arma de propaganda política de la élite empresarial. Y dado que el modelo de comunicación estadounidense es esencialmente similar al de cualquier otro país capitalista, las lecciones que podemos extraer de él son aplicables a todos los demás.

Pero la propaganda mediática, aun siendo poderosa, no es el único arma política de que dispone el capital, que en ocasiones necesita recurrir a métodos más expeditivos. Por ejemplo, Estados Unidos tiene una larga historia de represión contra la oposición mediante todo tipo de leyes y sentencias judiciales que restringen o eliminan los derechos políticos de la disidencia cuando ésta es percibida como una amenaza. Así, la Ley Smith de 1940, promulgada para impedir el derrocamiento del gobierno de los Estados Unidos por la fuerza o la violencia, sirvió para condenar a la cárcel a los líderes del partido comunista en 1949, y a cientos de militantes en años posteriores. En 1954 se aprobó la Ley de Control Comunista, que ilegalizaba al partido comunista y prohibía la pertenencia al mismo. La purga de elementos comunistas o simplemente izquierdistas que realizó el macartismo en la administración pública, las fuerzas armadas, los medios de comunicación o la industria cultural (particularmente en Hollywood) fue total. Todavía en 1970 la profesora y activista Angela Davis era expulsada de la Universidad de California por pertenecer al partido comunista, repleto de informantes del FBI. Ante este panorama represivo no resulta extraño que el líder del partido comunista estadounidense durante décadas, Gus Hall, sufriese la cárcel y el exilio (primero en Finlandia y luego en Moscú) a causa de su militancia política.

Con frecuencia, y desde luego siempre que se considera necesario, la represión sortea el campo legal y se convierte directamente en violencia criminal. Fue el caso de COINTELPRO, un programa creado por el FBI en 1956 y que estuvo vigente al menos hasta 1979, y que tenía como fin utilizar la infiltración, la propaganda y la violencia (incluso el asesinato político) contra las organizaciones consideradas subversivas: el Partido Comunista de los Estados Unidos, el Partido de Trabajadores Socialistas, organizaciones feministas, organizaciones contra la guerra de Vietnam, activistas del movimiento de los derechos civiles, organizaciones ambientalistas y de derechos de los animales, el Movimiento Indígena Americano (AIM), movimientos independentistas (como el grupo puertorriqueño Young Lords) y una variedad de organizaciones que formaban parte de la llamada Nueva Izquierda. También tuvo entre sus objetivos al movimiento del Poder Negro: Martin Luther King, la Nación del Islam y el Partido de los Panteras Negras, dos de cuyos

miembros, Fred Hampton y Mark Clark, fueron asesinados por el FBI.

COINTELPRO no fue una excepción en las prácticas represivas contra la disidencia, que a su vez tampoco se limitan a Estados Unidos, como demuestra el caso del Stay Behind, el servicio más secreto de los servicios secretos. Creado por la OTAN y la CIA después de la segunda guerra mundial con el fin de luchar contra la creciente influencia política de los partidos comunistas en todo el mundo, en la práctica su objetivo más inmediato era impedir la llegada al poder de los partidos comunistas mediante unas elecciones democráticas en Europa occidental. Para ello reclutaron una red de agentes en varios países europeos, auténticos ejércitos secretos que fueron financiados, armados y entrenados en actividades encubiertas como el asesinato, la provocación política y la desinformación. Casi todo lo que sabemos sobre el Stay Behind es gracias a su rama italiana, Gladio, cuya existencia se reveló en 1990; la red Gladio fue responsable de los atentados terroristas de Piazza Fontana en 1969 (17 muertos), de Peteano en 1972 (tres muertos) y de Bolonia en 1980 (85 muertos, el mayor atentado terrorista cometido en Europa hasta el 11-M), todos ellos perpetrados con el fin de ser atribuidos a los comunistas y así impedir su éxito electoral en Italia, donde el PCI era el mayor partido comunista de Occidente y el segundo más votado en el país.

La República Federal de Alemania, por su parte, es siempre presentada como ejemplo de país democrático europeo, pero su propia Ley Fundamental de 1949 declara inconstitucionales a los "*partidos de los que, por sus objetivos o por el comportamiento de sus miembros, se siga el perjuicio del orden fundamental democrático-liberal*" (artículo 21.2). En consecuencia, un decreto del presidente de la RFA, Konrad Adenauer, expulsó en 1950 a los miembros de once organizaciones izquierdistas de todo puesto de trabajo para el Estado. Posteriormente, en 1956, se ilegalizaría al partido comunista alemán, y entre 1951 y 1968 se emprendieron 200.000 procesos contra comunistas e izquierdistas en Alemania, y alrededor de 10.000 personas fueron encarceladas por motivos tan peregrinos como tener libros publicados en la RDA o cantar una canción comunista a favor de la unificación alemana. Este panorama represivo contrasta con el de la República Democrática Alemana, donde no sólo el partido demócratacristiano y el partido liberal eran legales, sino que el único partido proscrito era el partido nazi (que en cambio sí era legal en la RFA).

A pesar de que la Stasi y sus prácticas de espionaje sobre los ciudadanos de la RDA son bien conocidas, lamentablemente el gran público no ha oído hablar tanto del BND, el servicio de inteligencia de la RFA. El historiador

de la Universidad de Freiburg Josef Foschepoth, en su estudio *Alemania vigilada: el control de correos y teléfonos en la antigua República Federal*, demuestra que casi todo el correo procedente de la Alemania socialista, enormes cantidades de correspondencia y paquetes de la Europa del Este así como las comunicaciones telefónicas y telegráficas hacia y desde la RDA, e incluso muchas en el interior de la RFA, fueron sistemáticamente intervenidas durante décadas. Todo el correo que venía de la RDA en trenes (más de 100 millones de envíos postales) era parado, confiscado, abierto y destruido. Eso incluía no sólo cartas privadas sino también libros y paquetes, por ejemplo. En esa labor participaron miles de funcionarios de correos, del servicio de aduanas, del ejército, la policía y los servicios secretos, así como jueces, fiscales y políticos, que violaron el artículo 10 de la constitución alemana que establece entre sus derechos fundamentales el de la "inviolabilidad" de las comunicaciones postales, telefónicas y electrónicas. Todo ello no terminó con el fin de la guerra fría: un informe del BND de 1996 citado por Foschepoth demuestra que los servicios de inteligencia alemanes interceptaron ese mismo año alrededor de cinco millones de telecomunicaciones diarias de su ciudadanía.

El mayor espionaje masivo e indiscriminado al que se ha visto sometida la población civil en los países capitalistas es ECHELON. Se trata de una red secreta de espionaje y análisis creada a finales de la década de 1960 por la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense (NSA) y administrada por los gobiernos de Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. ECHELON constituye la mayor organización de espionaje del mundo, y se basa en la interceptación de todo tipo de comunicaciones electrónicas en el planeta entero: llamadas de teléfono, faxes o correos electrónicos. El sistema puede utilizarse para espiar las comunicaciones de un individuo concreto en cualquier país del mundo, pero también funciona de forma automática mediante una lista de palabras clave elegidas por la NSA y actualizables continuamente, cuyo uso en una comunicación electrónica activa la interceptación de la señal para su posterior análisis por personal de inteligencia designado para ello. Se cree que ECHELON intercepta más de 3.000 millones de comunicaciones cada día, y hay pruebas de su utilización no sólo contra gobiernos enemigos u organizaciones terroristas sino también para el espionaje industrial a favor de empresas anglosajonas, y por supuesto también contra disidentes políticos de todo el planeta.

Pero en el podio de las prácticas ilegales y criminales de los servicios de inteligencia occidentales se encuentra la que probablemente pueda ser considerada la mayor organización terrorista del mundo: la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. En su misión de defender y proteger

los intereses políticos y económicos de la oligarquía estadounidense por el planeta entero, la CIA ha sido responsable de infinidad de violaciones de los derechos humanos: asesinatos, torturas, secuestros y todo tipo de crímenes, incluyendo el tráfico de drogas a gran escala como medio de financiación de la agencia y sus operaciones clandestinas. En efecto, el periodista Gary Webb, ganador del premio Pulitzer, reveló en 1996 cómo la CIA vendió toneladas de crack y cocaína en Estados Unidos durante la década de 1980 y cómo se utilizaron los beneficios de dichas ventas de droga (procedente de Colombia y México) para financiar la campaña terrorista de la Contra en su intento de derrocar al gobierno sandinista de Nicaragua. En 2004 Webb aparecería muerto en su domicilio con dos disparos en la cabeza, hecho que la policía estadounidense calificó oficialmente de "suicidio".

En realidad, desde su fundación la CIA ha estado implicada en los diferentes epicentros mundiales de producción y distribución de drogas, siempre situados en países cuyos gobiernos son firmes aliados de Washington y siempre cercanos a las zonas de conflicto en las que la CIA desarrolla su actividad principal en ese momento. Por ejemplo, ya a finales de la década de 1940 el contrabando de opio desde China sirvió para que la CIA financiara la lucha del Kuomintang contra las fuerzas comunistas de Mao. Y si bien la zona de mayor producción y distribución de heroína en las décadas de 1960 y 1970 era el Triángulo de Oro del sudeste asiático, con el que se financiaron las operaciones de la CIA durante la guerra de Vietnam, en la década de 1980 la mayor parte del tráfico de heroína se llevaba a cabo desde Afganistán, coincidiendo con la ofensiva en ese país del integrismo islámico armado y entrenado por la agencia.

No obstante los esfuerzos de todas las instituciones burguesas (medios de comunicación, servicios de inteligencia, etc.) a la hora de neutralizar de distintas formas a la disidencia, hay raras ocasiones en las que una fuerza política realmente peligrosa para el poder económico logra alcanzar el gobierno y aplicar su programa político. Entonces es cuando la oligarquía económica utiliza métodos más brutales y evidentes para anular la amenaza, desde un boicot económico que arruine al país en cuestión hasta un golpe de Estado fascista que "reconduzca" la situación política. Es lo que sucedió, por ejemplo, en España tras la victoria del Frente Popular en 1936 o en Chile durante el gobierno de Allende en 1973. No fueron casos excepcionales. Desde 1945 el propio gobierno estadounidense ha cometido o apoyado una larga lista de golpes de Estado por el planeta entero, muchos de ellos contra gobiernos elegidos democráticamente: en Cuba en 1952, en Irán en 1953, en Guatemala en 1954, en Paraguay en 1954, en el Congo en 1960, en El Salvador en 1961, en Corea del Sur en 1961, en República Dominicana en

1963, en Vietnam del Sur en 1963, en Brasil en 1964, en Indonesia en 1965, en Grecia en 1967, en Bolivia en 1971, en Filipinas en 1972, en Uruguay en 1973, en Argentina en 1976, en El Salvador en 1979, en Perú en 1992, en Rusia en 1993, en Pakistán en 1999, en Venezuela en 2002, en Haití en 2004, en Honduras en 2009 o en Bolivia en 2019.

Lo habitual es que a continuación de tales golpes de Estado se produzca una matanza de comunistas e izquierdistas, como sucedió en España en 1936 (cientos de miles de asesinados entre ese año y 1945), en Indonesia en 1965 (entre 500.000 y tres millones de comunistas e izquierdistas asesinados) o en el Cono Sur mediante la Operación Cóndor, un plan de coordinación entre las dictaduras de Chile, Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia, ideado y financiado por Estados Unidos, para el encarcelamiento, tortura, asesinato y desaparición forzosa de opositores políticos; se estima que bajo tales gobiernos murieron o desaparecieron decenas de miles de comunistas e izquierdistas.

Y es que, pese a la abrumadora propaganda liberal acerca de un Occidente supuestamente democrático y democratizador, la realidad histórica de las democracias burguesas ha sido más bien el apoyo activo a todo tipo de dictaduras, por muy sanguinarias que fuesen, con tal de que garantizaran una economía de mercado favorable al capital internacional. Por ejemplo, son bien conocidos los elogios que representantes políticos de las democracias burguesas de la talla de Churchill o Roosevelt hicieron públicamente a Hitler, Mussolini y Franco. A pesar de la retórica obrerista propia de la propaganda fascista, el hecho de que en el fascismo los medios de producción continuasen siendo privados y operando en una economía de mercado, mientras el Estado se encargaba de liquidar a la disidencia política, explica de sobra esa buena sintonía entre el capital y las dictaduras fascistas. Tanto es así que después de la segunda guerra mundial, y limitándonos únicamente al continente americano, el gobierno estadounidense apoyó activamente a las dictaduras de Guatemala (1954-1990), Honduras (1963-1982), El Salvador (1931-1992), Nicaragua (1936-1979), Cuba (1952-1959), República Dominicana (1966-1978), Haití (1964-1986), Brasil (1964-1985), Bolivia (1971-1978), Paraguay (1954-1989), Uruguay (1972-1976), Chile (1973-1990) y Argentina (1976-1981). La política exterior de Estados Unidos y de Occidente en general en el resto del mundo no ha sido diferente, llegando a apoyar dictaduras como las de Taiwan (1949-1987), Irán (1953-1979), Corea del Sur (1948-1987), Indonesia (1965-1998), Camboya (1975-1979), España (1939-1975), Grecia (1967-1974), Arabia Saudí (desde 1932 hasta la actualidad) o Egipto (1981-2011).

En resumidas cuentas, las críticas occidentales a la represión soviética resultan bastante poco serias cuando se tiene en cuenta la trayectoria histórica de las potencias capitalistas a la hora de vigilar y reprimir a su propia disidencia o de apoyar a los regímenes más homicidas del planeta. Por no hablar de otros asuntos tan siniestros como la participación en el tráfico de drogas a escala mundial para financiar operaciones criminales, o la comisión de atentados terroristas indiscriminados contra su propia población civil con el fin de culpar de ello a sus enemigos políticos, aberraciones que afortunadamente la URSS jamás llegó a cometer.

2. La democracia socialista

A diferencia de la concepción liberal de la democracia, los comunistas siempre han considerado que ésta consiste en el gobierno de la clase trabajadora, en el marco de una nueva sociedad en la que ya no existan otras clases sociales. Ya en el *Manifiesto del partido comunista* de 1848 el propio Marx afirmó que "*el primer paso de la revolución obrera es su elevación a clase dominante, la conquista de la democracia*". Incluso el tan criticado concepto de “dictadura del proletariado” siempre designó un sistema en el que los trabajadores mantendrían el poder político a través de los soviets o consejos de obreros, en contraposición a la "dictadura de la burguesía" propia del capitalismo. Es cierto que la teoría leninista afirmaba que la revolución no sería jamás realizada por las masas de forma espontánea y desorganizada, sino que sería un partido de vanguardia (el partido comunista) el que lideraría la transformación de la sociedad hacia el socialismo, como así sucedió. Pero estaba claro también que el gobierno de un partido de vanguardia no era lo mismo que el gobierno de los mismos trabajadores, y por eso en la URSS se idearon fórmulas para aumentar la participación y el control de trabajadores y campesinos, entre las que se incluía una ampliación de los miembros del partido comunista y el desarrollo de todo tipo de organizaciones de masas destinadas a la participación popular, innovaciones que todos los países socialistas subsiguientes adoptaron (y adaptaron): el uso de los periódicos como defensores del pueblo además de fuentes de noticias; la concesión de poder a los sindicatos sobre los derechos de los trabajadores, las normas de producción y la disposición de los fondos sociales; y la creación de soviets, comités de producción, asambleas comunitarias, comités de gobierno de complejos residenciales y otros cuerpos del partido y el gobierno.

Así, las cifras sobre la actividad política soviética en 1978, por ejemplo,

eran bastante impresionantes: sobre una población de 260 millones de habitantes, en la URSS había alrededor de 16,5 millones de militantes en el partido comunista, 121 millones de miembros de sindicatos, casi 38 millones de miembros de las juventudes comunistas, más de dos millones de delegados de soviets, 35 millones de personas trabajando para los delegados de los Soviets de los Diputados del Pueblo, 9,5 millones de miembros de los comités del Control del Pueblo y 5,5 millones de miembros de las conferencias de producción de empresas industriales. Por supuesto, la participación en un soviet socialista, como la participación en las elecciones de una democracia burguesa, no era una prueba concluyente del control popular, pero sí que representaba (por mucho que fuera de una manera imperfecta) la aspiración a un tipo de democracia socialista.

Sin embargo el proceso de desarrollo de la democracia socialista en la URSS distaba mucho de haber terminado, y las principales decisiones políticas y económicas seguían siendo tomadas por un partido dominado por una élite político-burocrática. Ciertamente era mucho más fácil que un trabajador soviético pudiese llegar a formar parte de esa élite (a fin de cuentas cualquier ciudadano, a priori, tenía la posibilidad de militar en el partido comunista y ascender en él) a que un trabajador de cualquier país capitalista pudiese acceder a la pequeña oligarquía de banqueros y grandes empresarios que detenta el poder en las democracias burguesas, pero aún así la política soviética sufría debilidades y problemas importantes: persistía un sistema electoral unipartidista, a pesar de que otras experiencias socialistas (la de la RDA, en particular) demostraban la posibilidad de avanzar hacia una pluralidad de partidos igualmente comprometidos con la revolución; las tiendas especiales y los privilegios del partido, por modestos que fueran, o la prosperidad de algunos beneficiarios ricos de la economía privada (de la que hablaremos más adelante), eran una burla a la igualdad socialista; la autoridad primaria del partido tenía el efecto de convertir a los soviets en cuerpos asesores, en el mejor de los casos, o en meros ratificadores, en el peor; la censura política y cultural era habitual; la corrupción afectó a amplios sectores del partido y el gobierno...

Algunos de esos problemas estaban fuertemente condicionados por el contexto histórico y cultural del país. Por ejemplo, el culto estalinista a la personalidad de un líder supremo que reclama cada victoria revolucionaria como un logro propio no fue más que una mera continuación del culto a la personalidad zarista tan propio de la sociedad rusa previa a la URSS. El hecho de que Stalin llegase a recibir exactamente el mismo apelativo que tradicionalmente recibían los zares ("padrecito") es más que revelador en ese sentido. Otro tanto puede decirse del culto a la personalidad surgido hacia

los líderes de otras experiencias socialistas de Asia, donde la adoración hacia los líderes de la nación llega a extremos casi religiosos. Corea del Norte es sin duda el ejemplo más evidente, pero el culto a la dinastía Kim es perfectamente comparable al que también reciben el rey de Tailandia o el emperador de Japón, a pesar de que la propaganda occidental no incida tanto en ello por razones obvias. Indudablemente, que en una revolución aparezcan fuertes liderazgos y que posteriormente reciban un reconocimiento como padres de la nueva patria surgida gracias a ellos es algo hasta cierto punto inevitable, y no deja de ser un fenómeno muy humano que se da de forma universal. La capital de Estados Unidos, por ejemplo, no recibió el nombre de Washington por casualidad, y a ese respecto el monte Rushmore no es muy diferente al mausoleo de Lenin en Moscú. Pero el extremo de deificar a un líder durante la vida de éste sólo se ha dado en aquellas sociedades de escasa tradición democrática y en las que ya existe una arraigada costumbre de sumisión y adoración hacia la figura de un rey-emperador, como demuestra el hecho de que tal fenómeno no haya surgido en otras experiencias socialistas donde no existe ese contexto histórico y cultural concreto. Sin ir más lejos, y a pesar del fuerte liderazgo que siempre ejerció en la revolución cubana, en vida de Fidel Castro no se le dedicó jamás en la isla ningún monumento, retrato oficial, estatua, moneda, sello, avenida o edificio.

En cualquier caso resulta poco realista dar por hecho que ya en las primeras experiencias socialistas de la historia surgiría de inmediato una democracia plenamente desarrollada, y menos aún teniendo en cuenta el contexto tan difícil en el que surgieron y se desenvolvieron tales experiencias. Era de esperar, por el contrario, que la propia dinámica interna del socialismo desarrollase paulatinamente un cada vez mayor control popular del sistema.

Sea como fuere, las deficiencias democráticas de la URSS y del resto de Estados socialistas suelen utilizarse habitualmente como una prueba de que el modo de producción socialista es incompatible con la democracia. Sin embargo lo cierto es que una economía socializada y planificada por el Estado es perfectamente compatible con los valores de la Ilustración que dieron origen a la idea moderna de democracia, y a priori no hay nada que impida desarrollarse a ese tipo de economía en el marco de un sistema político democrático. A fin de cuentas, una sociedad en la que ya no existan clases sociales asegura una plena igualdad económica, política y legal de todos sus ciudadanos, condición sine qua non de cualquier democracia digna de tal nombre. Del mismo modo, la pluralidad mediática y el derecho a la libertad de información se garantizan mucho mejor en un Estado socialista

que facilite la libre creación de medios de comunicación de todo tipo y asegure la independencia de todos ellos al dejar su control en manos de sus propios trabajadores, o de cualquier otro tipo de colectivo u organización ciudadana, aunque la titularidad de dichos medios sea pública. Sólo de esa manera es posible asegurar que los medios de comunicación puedan ejercer sin limitación alguna su función de contrapeso del poder.

Así pues, si el socialismo es justificable desde un punto de vista social y económico, también lo es desde el punto de vista democrático. Del mismo modo que el liberalismo democratizó la política, el socialismo va un paso más allá al democratizar también la economía para que ambas esferas puedan ser por fin controladas de forma efectiva por la ciudadanía. Y puede que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción se celebre en el futuro del mismo modo que hoy celebramos que en su día se aboliese la propiedad privada de los seres humanos (esclavismo) o de los territorios (feudalismo).

Cuestión diferente y más delicada es cómo compatibilizar un sistema democrático con un contexto revolucionario en el que el gobierno se encuentra sometido al ataque violento de la oposición al mismo, como sucedió tras la revolución de Octubre. Pese a que la toma del palacio de invierno por los revolucionarios se había producido de forma incruenta (sólo se produjeron seis víctimas de las que cinco eran bolcheviques), pronto el nuevo gobierno se vio acosado por una feroz oposición tanto por parte de la derecha (zaristas, conservadores, liberales, ultraortodoxos, islamistas...) como de la izquierda (mencheviques, anarquistas), provocando así una guerra civil que asoló al país durante cinco años. Las masacres anticomunistas, ya desde octubre de 1917, eran constantes, y se calcula que cientos de miles de personas perecieron bajo el llamado terror blanco durante los primeros tiempos de la revolución. Es precisamente en tales circunstancias cuando el nuevo gobierno comienza a hacer uso de herramientas represivas, y resulta difícil imaginar una revolución política y socioeconómica tan profunda como la que se inició en 1917 en la que el nuevo gobierno no ejerza algún grado de represión contra las fuerzas (externas e internas) que se oponen violentamente a él. Las revoluciones liberales, de las que es deudora la moderna sociedad occidental, no fueron una excepción a esa norma, por mucho que el Terror causado por los jacobinos (20.000 víctimas entre 1793 y 1794) o las masacres cometidas en la Vendée (cerca de 200.000 muertos entre 1793 y 1796) sean hoy consideradas una mera nota a pie de página en comparación con las conquistas políticas obtenidas a pesar de ello (o tal vez gracias a ello).

Cualquier revolución se enfrenta siempre, inevitablemente, a la feroz oposición de los sectores más privilegiados de la sociedad, que no dudan nunca en utilizar cualquier medio para evitar perder sus prerrogativas, incluso recurriendo a la violencia si es necesario. Por mucho que nos pueda desagradar la idea, la única forma que tiene una revolución de defenderse de tales ataques, si realmente quiere sobrevivir y no terminar ahogada en sangre (como ha sucedido en tantas otras ocasiones a lo largo de la historia del movimiento obrero, ya desde la Comuna de París de 1871), es reprimirlos. Evidentemente una cosa es reprimir la actividad política de la disidencia pacífica e independiente, que siempre debería respetarse (aunque pocas veces se consiga), y otra muy diferente hacer frente, con todas las garantías legales y judiciales y respetando siempre los derechos humanos, a aquellas organizaciones políticas que pretendan utilizar la violencia para desestabilizar y acabar con la revolución, o que se demuestre que son instrumentos de potencias extranjeras para ese mismo fin. Ningún Estado socialista debería dejar de perseguir este tipo de actividades, habida cuenta que constituyen delitos duramente castigados en todos los códigos penales del mundo.

Lamentablemente es más que habitual que en un contexto como ese se produzcan abusos, injusticias y crímenes. No todo lo que sucedió en la URSS obedecía a la necesidad histórica, ni la supervivencia de la revolución hizo inevitable que durante el estalinismo se ejecutase a cientos de viejos líderes bolcheviques, que se suprimiese la vida política del partido comunista a través del terror, que se silenciase el debate sobre el ritmo de industrialización y colectivización, que se regulase ideológicamente toda la vida intelectual y cultural (llegando a crear aberraciones político-científicas como el lysenkoísmo), o que se deportase masivamente a "nacionalidades sospechosas" como los cosacos o los tártaros. Pero cualquier institución humana tiende a abusar de su poder, y condenar al socialismo por ello sería tanto como condenar al cristianismo por los innumerables crímenes cometidos por la Iglesia Católica a lo largo de toda su historia. Aspirar a un sistema socialista en el que no existan ya abusos, mientras se condena cualquier socialismo real que no se ajuste a ese ideal (posición compartida por diferentes sectores políticos, desde la socialdemocracia hasta el anarquismo, pasando por el trotskismo), es ingenuo e infantil, en el mejor de los casos.

Por otro lado, a la hora de analizar la represión en la URSS hay que tener siempre presente hasta qué punto la propaganda anticomunista ha exagerado la magnitud de la misma, una tendencia que alcanzó su apogeo tras la publicación del llamado *Libro negro del comunismo* en 1997, obra en la que se afirmaba que las víctimas de los Estados socialistas en todo el

mundo alcanzaban la delirante cifra de cien millones de muertos. Para llegar a tal cálculo sus autores incluían no sólo a las víctimas de todo tipo de crímenes, desde aquellos que la historiografía liberal achaca a la URSS basándose en la propaganda nazi de la segunda guerra mundial (como la masacre de Katyn o el Holodomor ucraniano) hasta las hambrunas supuestamente "planificadas" como la que sufrió Rusia en 1921. De hecho, el grueso de las víctimas contabilizadas en el libro (alrededor de 30 millones) corresponden a los fallecimientos causados por las hambrunas provocadas por el Gran Salto Adelante impulsado por el presidente Mao en China. Sin embargo las grandes hambrunas chinas eran endémicas desde hacía siglos, hasta el punto de que se estiman en más de 115 millones las víctimas producidas por las hambrunas periódicas que sufrió el gigante asiático entre 1810 y 1943. Aunque es innegable el desastre económico producido por el Gran Salto Adelante y sus terribles consecuencias para la población china entre 1959 y 1961, es obvio también que ha sido el Estado chino surgido de la revolución socialista de 1949 el que ha eliminado por fin el fenómeno de las grandes hambrunas periódicas en el país. A ese respecto Amartya Sen, ganador del premio Nobel de Economía, ya señaló en 2006 que a mediados del siglo XX China e India tenían la misma esperanza de vida (40 años), pero que tras la revolución china la cifra cambió drásticamente: en 1979 la China socialista tenía una esperanza de vida de 68 años, catorce más que la India capitalista. En la actualidad la esperanza de vida de los indios ha aumentado hasta los 69 años, pero la esperanza de vida en China sigue siendo ocho años mayor (77 años). A pesar de que el exceso de mortalidad en la India capitalista en relación a la China socialista se estima en la cifra de cuatro millones de vidas humanas al año, no por ello la India es estudiada como un ejemplo de la naturaleza homicida del capitalismo. En ese sentido sería muy ilustrativo realizar un cálculo del número de víctimas causadas por el capitalismo en todo el mundo, en el que no sólo se incluyesen a las víctimas de las masacres del imperialismo o la represión anticomunista, sino también a todos los muertos de hambre y por falta de recursos y servicios básicos que ha dejado a su paso la economía de mercado allí donde se ha aplicado con mayor rigor.

En cualquier caso los autores del *Libro negro del comunismo* no resultaron demasiado innovadores a la hora de inflar sus cálculos con fines propagandísticos. Antes de ellos ya hubo toda una pléyade de autores occidentales fabulando sobre cifras astronómicas de víctimas de la represión en la Unión Soviética. Respecto al período estalinista, por ejemplo, las estimaciones del número de víctimas han variado desde unos cuatro millones hasta los 30 millones "calculados" por el historiador Robert Conquest, bien relacionado con los servicios de inteligencia occidentales. Poco importaba que los datos demográficos de la URSS demostrasen un aumento constante de la

población soviética a lo largo de su historia, sólo interrumpido por la gran mortandad de la segunda guerra mundial; hubo que esperar hasta 1991 para que se hiciesen públicos los archivos soviéticos y se demostrase que el número total de condenados a muerte en la URSS durante el estalinismo, tanto por delitos políticos como por delitos comunes, fuese de menos de un millón.

Otro ejemplo más del escaso rigor de ese tipo de propaganda lo constituyen las fábulas habituales sobre el sistema penitenciario soviético, especialmente después de que Alexander Solzhenitsyn publicase *Archipiélago Gulag* en 1973. Suele compararse al Gulag (acrónimo de Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional) con los campos de concentración nazis, al extremo de que el New York Times llegó a calificarlo en 1996 como "e*l mayor sistema de campos de exterminio en la historia moderna*". Las diferencias, empero, entre el Gulag soviético y los campos nazis son más que obvias. Para empezar, en el Gulag no se internaba a nadie por su condición racial o por su mera militancia política, como hacían los nazis, sino que eran destinados allí todos los condenados después de un juicio. Además, y contrariamente a lo que se piensa, en el Gulag no sólo ingresaban presos políticos (condenados por cometer "delitos contrarrevolucionarios"), sino que éstos sólo representaban entre el 12% y el 33% por ciento de la población carcelaria total, dependiendo de la época. La inmensa mayoría de los reclusos habían sido condenados por delitos no políticos: asesinato, asalto, robo, bandidaje, contrabando, estafa y otros crímenes punibles en cualquier sociedad. Y por supuesto tampoco hubo un exterminio sistemático de reclusos, ni se instalaron cámaras de gas o crematorios para eliminar a millones de personas. La gran mayoría de los presos del Gulag sobrevivieron y regresaron a la sociedad cuando se les concedió una amnistía o cuando terminaron sus sentencias; en cualquier año dado eran liberados del 20% al 40% de los internos, según los propios registros del Gulag. En cuanto a la mortalidad en sí, más de la mitad de todas las muertes ocurridas en el Gulag entre 1934 y 1953 se dieron durante los años de la segunda guerra mundial, en su mayoría por desnutrición, cuando la privación severa de alimentos era la suerte común de toda la población soviética. En el punto álgido de esa época (1944) la tasa de mortalidad en los campos del Gulag era del 0,92%. En 1953, una vez recuperado el país de la devastación de la guerra, la tasa disminuyó al 0,03%.

En realidad el Gulag no fue más que el heredero directo de la Katorga, la red de campos de trabajos forzados que el zarismo utilizaba como sistema penal desde el siglo XVII. La URSS modernizó la red convirtiéndola en el Gulag y humanizando las condiciones de los presos: pasaron de trabajar

durante el zarismo más de 19 horas diarias, sin garantía alguna de recibir alimentos durante varios días, a trabajar en el Gulag un máximo de 10 horas diarias a cambio de una cuota diaria garantizada de alimentos. En 1952 los presos comenzaron a ser retribuidos económicamente por su trabajo, y finalmente en 1960 el Gulag fue eliminado para siempre. Visto con la suficiente perspectiva histórica, lo que hizo la URSS fue modernizar un sistema penal con varios siglos de historia para terminar eliminándolo definitivamente. Y resulta cuanto menos sorprendente que una gran parte de las críticas contra el Gulag soviético provengan precisamente de Estados Unidos, un país cuyo sistema penal todavía hoy utiliza los trabajos forzados de forma habitual, obligando a sus presos a trabajar de forma casi gratuita para las empresas privadas del país, o que mantiene en la cárcel a más gente de la que jamás tuvo en sus cárceles la Unión Soviética: en 2008 uno de cada cien estadounidenses adultos estaba en la cárcel, mientras que esa tasa en la URSS nunca superó los 0,8 por cada cien adultos.

Tampoco hay que olvidar que la Unión Soviética llegó a pedir perdón públicamente por los excesos represivos cometidos durante el estalinismo, desclasificando archivos secretos, restaurando a las víctimas o cancelando sentencias judiciales. Ese tipo de autocrítica tan profunda (propia precisamente de la cultura marxista-leninista) no es nada habitual en los Estados burgueses, y brilla por su ausencia en lo que respecta a los innumerables crímenes cometidos por el capitalismo a lo largo de su historia.

CAPÍTULO 4. PRESENTE Y FUTURO DEL SOCIALISMO

1. El fin de la URSS

Una vez producida la revolución de Octubre aparecieron dos líneas de pensamiento económico en el partido comunista. La primera estaba representada por Bujarin y era proclive a mantener la propiedad privada, cierto nivel de economía de mercado y los incentivos de lucro, minusvalorando la lucha de clases en el socialismo; la segunda la representaban Lenin y Stalin, y afirmaba que la lucha de clases seguiría presente hasta que llegase la fase final del socialismo (el comunismo). Dicho de otra manera, mientras existieran empresas privadas en un sistema socialista seguirían dándose intereses contrapuestos entre los empresarios y los trabajadores, entre la economía planificada y el mercado. No era una cuestión de intransigencia o radicalismo, puesto que Lenin no tenía inconveniente en asignar un papel al mercado en el socialismo cuando era necesario. Tanto es así que después de la guerra civil rusa se adoptó la NEP (Nueva Política Económica) en la que se permitía la existencia de pequeñas empresas privadas y que los campesinos pudieran vender libremente los excedentes de sus cosechas. Lenin sabía que era un retroceso peligroso, pero al mismo tiempo también era una solución temporal para aumentar la producción; se trataba de "*dar un paso atrás para dar dos pasos hacia delante más tarde*", en palabras suyas. Para Bujarin, Trotski y otros líderes bolcheviques, sin embargo, la NEP no era ninguna concesión temporal sino precisamente el tipo de socialismo que debía implantarse en la URSS.

El éxito de la NEP fue relativo, y en 1928 sería reemplazada por los planes quinquenales de Stalin. Pero aún así en la URSS siempre se mantuvo una "segunda economía" de carácter privado que operaba al margen de la economía estatal planificada. Una parte era legal porque la URSS siempre adjudicó, en mayor o menor medida (dependiendo del momento y de cada etapa), un papel legal a la pequeña economía privada, pero otra parte era ilegal y actuaba en el mercado negro, nutriéndose de las deficiencias de la economía estatal y paliándolas en muchas ocasiones, lo que explica por qué fue tolerada en gran medida por las autoridades soviéticas. Los protagonistas de esa segunda economía constituían una clase social propia formada por pequeños y medianos empresarios, una incipiente burguesía que, como resultado de su realidad económica y social, mantenía sus propios valores e ideas individualistas y anticomunistas: la codicia y el enriquecimiento propio,

la libertad económica para operar en el mercado o para explotar a los trabajadores, la desconfianza hacia la economía planificada y el Estado en general... Eran ideas opuestas a los valores socialistas basados en la solidaridad y el altruismo, y la mera existencia de esa pequeña burguesía era la prueba de que la lucha de clases no había terminado aún en la Unión Soviética.

Durante los planes quinquenales del estalinismo la segunda economía se mantuvo bajo mínimos, pero resurgió con fuerza durante el gobierno de Krushov, quien sucedió a Stalin tras su muerte. Las ideas de Krushov se situaban dentro de la línea más socialdemócrata del partido comunista, la misma que Bujarin había defendido con anterioridad y que era favorable a reducir el papel del Estado en la economía y a introducir en ella mecanismos de mercado. Krushov no sólo inició una igualación de salarios que dañó la productividad (luego revertida por Brezhnev), también descentralizó gran parte de la economía, cerró las estaciones de tractores estatales que alimentaban de tecnología a las granjas, imitó los métodos agrarios estadounidenses y promovió la carrera del consumo con Estados Unidos. La segunda economía se hizo fuerte al calor de las reformas económicas de Krushov, hasta el punto de que en la década de 1960 ya ocupaba aproximadamente el 30% de la actividad económica.

Pero la segunda economía no creció sólo económicamente, también lo hizo políticamente. Además de debilitar la planificación económica Krushov también debilitó el aparato político soviético. Minimizó tanto la lucha de clases dentro de la URSS como la importancia de la batalla ideológica. Afirmando que en la URSS existía un gobierno "de todo el pueblo", dividió al partido comunista en dos secciones (la agraria y la industrial) y reclutó masivamente para el partido a todo tipo de militantes, sin importar su condición social. El resultado fue que el número de trabajadores en el partido disminuyó drásticamente, y en 1980 los intelectuales, profesionales liberales y administradores representaban aproximadamente la mitad de los miembros del partido y una proporción aún mayor de los cuadros dirigentes del mismo. Como es obvio, el declive de la clase trabajadora dentro del partido arrastró también a las ideas más favorables a la misma, esto es, las ideas comunistas. Fue el caldo de cultivo necesario para que la mentalidad y las ideas pequeñoburguesas florecieran no sólo en la sociedad soviética sino incluso en el seno mismo del partido comunista.

Aunque posteriormente Andropov trataría de aligerar el peso de la burocracia y de revitalizar la economía y la administración del país, sus problemas de salud y su fallecimiento tan sólo quince meses después de alcanzar la dirección de la URSS en 1982 malograron la oportunidad de aco-

meter la reforma que el sistema necesitaba; la fuerza económica y política de la burguesía soviética, por tanto, no paró de aumentar con el paso del tiempo. Por si fuera poco, en la década de 1980 la corrupción vinculada a la segunda economía afectaba a amplios sectores del partido y del Estado, debilitando aún más al socialismo tanto económica como políticamente. Es en estas circunstancias cuando Gorbachov, representante del sector más socialdemócrata del partido, alcanza el poder e impulsa su famosa perestroika: liberalizó la economía, privatizó las propiedades estatales y, en suma, convirtió un Estado socialista basado en una economía planificada y solidaria en un Estado capitalista liberal de tipo occidental. En diciembre de 1991 se disolvió oficialmente la URSS.

El análisis liberal del fin de la Unión Soviética suele achacarlo a varias causas, todas ellas demostradamente falsas. La caída de la URSS no se debió a un colapso económico porque no hubo crisis económica alguna en vísperas de la perestroika (aunque sí la hubo después, y bastante importante, al liberalizar la economía); no se debió a un colapso de tipo político puesto que las instituciones del Estado siguieron siempre funcionando con la normalidad acostumbrada; tampoco se debió a la presión nacionalista de las repúblicas que la formaban ni a un descontento popular por la falta de libertad o de bienes de consumo, puesto que no se dió ninguna manifestación nacionalista o popular que pudiera justificar la perestroika. Tampoco puede decirse que Gorbachov hiciera lo que el pueblo deseaba pero no manifestaba abiertamente, más bien al contrario: en marzo de 1991, sólo nueve meses antes de la disolución de la URSS, se celebró un referéndum en todas las repúblicas soviéticas para que sus ciudadanos decidiesen si se debía o no mantener la Unión Soviética, y se aprobó mantenerla con un 77,8% de los votos.

Lo que realmente sucedió es que los propios dirigentes soviéticos decidieron, por su cuenta y riesgo y apoyados por Occidente, desmantelar el sistema político y socioeconómico que dirigían, una aparente paradoja que únicamente puede explicarse mediante el crecimiento y hegemonía de una segunda economía privada representada por una clase burguesa que terminó por dominar el país, primero a la sombra del socialismo, y luego ya de forma abierta una vez que se reinstauró la economía de mercado.

Karl Marx inició el primer capítulo del *Manifiesto del partido comunista* afirmando que "*toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de la lucha de clases*". Y la historia de la URSS no fue una excepción.

2. Las consecuencias de la desaparición de la URSS

Si la aparición de la URSS tuvo tanta importancia a nivel global, la de su desaparición en 1991 no fue menor. A partir de entonces, y por vez primera desde 1917, el capitalismo se encontró sin competidor. Se disipaba definitivamente la amenaza de la revolución en Occidente y desaparecía el riesgo de que el modelo soviético se extendiese aún más por el mundo: ya no había necesidad alguna de paliar los efectos de la economía de mercado. Se inició así un largo período de desmantelamiento progresivo de las conquistas sociales alcanzadas por los trabajadores desde 1917, proceso que no sólo no ha concluido sino que en los últimos tiempos se ha acelerado considerablemente: privatizaciones de empresas y servicios públicos; adelgazamiento del Estado y reducción del gasto social; desregulaciones de los mercados; precarización del empleo; eliminación o reducción drástica de los impuestos directos, sobre todo a las empresas o a las grandes fortunas…

Como resultado de la mejora de la productividad, desde 1991 el crecimiento económico no ha parado de aumentar y el mundo es más rico que nunca antes, de tal manera que una gran parte de los países más pobres han reducido de forma espectacular la pobreza extrema. Pero dicha reducción se ha dado particularmente en Latinoamérica (que sin embargo sigue siendo la región más desigual del mundo en cuanto a ingresos), en la India y sobre todo en China, donde 700 millones de personas salieron de la pobreza extrema entre 1981 y 2016 y cuya reducción de la tasa de pobreza extrema ha sido tan espectacular que pasó del 84% en 1980 al 10% en 2013, y al 1% en 2015.

En el resto del mundo, sin embargo, el panorama no ha sido tan positivo. El brillante futuro que parecía prometernos la globalización no se llegó a materializar, y la riqueza generada en estas décadas no se ha repartido de forma mínimamente equitativa. La desigualdad global ha aumentado cada vez más desde la desaparición de la URSS, hasta el punto de que el 1% de la población mundial acapara actualmente el 82% de la riqueza, y las 26 grandes fortunas del planeta acumulan tanta riqueza como los 800 millones de personas más pobres. Al mismo tiempo los salarios en las economías más desarrolladas se han estancado o incluso han disminuido, mientras las rentas del capital han aumentado ininterrumpidamente. O dicho de otro modo, aunque los trabajadores producen mucho más que nunca antes, el capital se apropia de una porción cada vez mayor de esa riqueza. El propio FMI, en su informe de abril de 2017 titulado *Perspectivas de la economía*

mundial: ¿está cobrándo impulso?, reconocía:

"*La participación del trabajo en la renta nacional -es decir, la proporción del ingreso nacional que se paga en forma de salarios a los trabajadores, incluidas las prestaciones- ha seguido una tendencia decreciente en muchos países. En las economías avanzadas comenzó a bajar en la década de 1980 y tocó el nivel más bajo en los últimos 50 años justo antes de la crisis financiera internacional de 2008-09; desde entonces, no ha experimentado una mejora sustancial*".

Como ejemplo de esa tendencia, desde la década de 1960 la productividad por hora en Estados Unidos creció un 241%, pero los salarios de los trabajadores estadounidenses sólo lo hicieron un 112%. Y España no es una excepción a ese respecto: desde 1978 los salarios reales aumentaron hasta principios de la década de 1990, cuando se estancaron hasta la crisis de 2008. Desde entonces no han parado de disminuir: pese a que en 1980 los asalariados españoles recibían el 73% de la renta, ese porcentaje se redujo en 1992 hasta el 69% y en 2010 fue de tan sólo el 61%. Huelga decir que en 2021 la situación no ha mejorado lo más mínimo, más bien al contrario: los salarios reales siguen disminuyendo y no hay previsión de que la tendencia vaya a revertirse.

Pero la desaparición de la URSS también se sintió en otros ámbitos, como el geopolítico. Se revitalizó el imperialismo y sus guerras de conquista, al no existir ya la gran potencia soviética para ponerle freno: invasión estadounidense a Panamá en 1989, guerra del Golfo en 1991, intervención de la OTAN en Yugoslavia en 1999, invasión de Afganistán en 2001, invasión de Irak en 2003, intervención en Siria a partir de 2011 y en Libia a partir de 2014, etc.

A nivel ideológico la caída de la URSS dejó absolutamente noqueada a la izquierda mundial, que a partir de ese momento comenzó un declive profundo que no ha parado de aumentar con los años. Por doquier se impuso el relato liberal según el cual el socialismo había "fracasado", que no había alternativa alguna al capitalismo y que lo máximo a lo que la izquierda podía aspirar era a implantar meras reformas sociales que lo moderasen en la medida de lo posible. En consecuencia, los partidos comunistas del mundo entero desaparecieron o abrazaron la socialdemocracia, mientras los partidos socialdemócratas viraban a su vez hacia el socioliberalismo. En la actualidad, y al no disponer de ningún horizonte alternativo al que dirigirse, la izquierda mundial ha asumido de facto el marco capitalista, reemplazando la lucha de clases por todo tipo de luchas identitarias como el feminismo o los

derechos LGTB, o incluso abandonando todo atisbo de materialismo para abrazar la posmoderna teoría queer. La oposición al capitalismo, antaño seña de identidad de la izquierda, ha sido sustituida por el rechazo al "neoliberalismo", es decir, al capitalismo más exacerbado, admitiendo así implícitamente la economía de mercado y aspirando a un supuesto "capitalismo social" (valga el oxímoron) que no representa sino la añoranza del antiguo y ya caduco Estado del bienestar.

El resultado de toda esa debacle ideológica, como no podía ser de otro modo, es un debilitamiento cada vez mayor de la clase trabajadora y de las ideas socialistas y anticapitalistas en general, y por ende un fortalecimiento de la clase empresarial y su ideología liberal. Paradójicamente, mientras desde los ámbitos político y mediático se insiste permanentemente en la supuesta inevitabilidad de la economía de mercado y se recalca una y otra vez su triunfo definitivo contra el socialismo, el anticomunismo no sólo no ha desaparecido sino que está tan sumamente vivo que en varios países (Polonia, Brasil, etc.) se sigue legislando contra los partidos comunistas, sus ideas y sus símbolos. Asistimos actualmente, pues, a una derechización cada vez mayor de la sociedad, proceso que ya alcanza tintes trágicos cuando constatamos el creciente apoyo que están obteniendo las formaciones políticas de extrema derecha en todo el mundo, incluyendo el auge del islamismo en los países de mayoría musulmana (una vez desaparecido el socialismo árabe y su apuesta por el laicismo).

Ciertamente, el futuro a corto y medio plazo no parece demasiado halagüeño para la clase trabajadora.

3. Incertidumbres y esperanzas

Una vez que desapareció la URSS el resto de países socialistas también adoptaron políticas tendentes a introducir de nuevo el mercado en sus economías. Desde ese punto de vista puede decirse que el socialismo fracasó y no consiguió superar al capitalismo. Queda por saber, no obstante, si la derrota fue definitiva o si es posible que en un futuro cambien las tornas. Después de todo, China, la segunda mayor potencia económica del mundo, continúa firmemente gobernada por el partido comunista. Es verdad que desde la década de 1970 el socialismo chino se encuentra en retroceso frente a la economía de mercado y que los medios de producción en el gigante asiático no son públicos en su mayor parte, pero no es menos cierto que la economía china sigue siendo planificada en gran medida y que el

Estado continúa teniendo un papel económico más que determinante. Si bien el modelo económico chino no puede calificarse de socialista, tampoco puede decirse que sea una economía de mercado al uso. China califica a su propio sistema de economía de mercado orientada al socialismo, y se basa en una combinación de mecanismos de mercado y de planificación por el Estado para la construcción del socialismo, atravesando primero una fase capitalista de Estado. Se pretende utilizar al capital privado nacional y extranjero para industrializar y modernizar el país, con el fin último de garantizar con éxito la transición al socialismo, en la línea de la NEP leninista. Es posible, no obstante, que tal discurso no pase de ser una mera justificación que permite al partido salvar la contradicción existente entre su ideología y su política oficial, por no hablar de que la burguesía china ha alcanzado ya tal poder económico e influencia social y política que resulta difícil pensar que las ideas comunistas puedan imponerse a una mentalidad tan favorable a la economía de mercado como la que se aprecia hoy en el gigante asiático.

Ahora bien, ¿qué sucedería si el gobierno chino se enfrentase en el futuro a algún tipo de crisis profunda de los mercados internacionales? ¿Y si en tales circunstancias llegase al poder en China una nueva generación de comunistas realmente consecuentes con su ideología marxista? Una perspectiva quizás remota, pero que nos sugiere que es muy posible que los avatares que pueda sufrir el capitalismo mundial en el futuro condicionen, e incluso tal vez determinen, la deriva de la política económica china, tanto en el propio país como en sus zonas de influencia geopolítica. No hay que olvidar tampooco que el partido comunista ruso es hoy por hoy la principal oposición al gobierno de Vladimir Putin, o que en una superpotencia como la India los comunistas avanzan políticamente cada vez más. Teniendo todo esto en cuenta, una profundización de la crisis económica global provocada por la aparición del COVID-19, sin ir más lejos, podría suponer un riesgo cierto de que el socialismo vuelva a convertirse otra vez en un desafío serio para la permanencia a largo plazo de la economía de mercado. El derrumbe de la hegemonía económica de Estados Unidos y su reemplazo por China como nueva potencia económica global es ya prácticamente un hecho, y el modelo de desarrollo chino, basado en un grado elevado de planificación del Estado en asociación con el capital privado, empieza a ser copiado por otras naciones del mundo. Tal vez no estemos asistiendo sólo a un profundo cambio de carácter geoestratégico, sino también a una transición socioeconómica hacia una nueva era protagonizada por la planificación estatal de la economía en la que el mercado tenga un papel cada vez menor.

Por supuesto, todos estos futuribles no son más que meras especulaciones, tan probables como cualesquiera otras, pero de lo que no cabe duda

es de que el surgimiento de las ideas marxistas en el siglo XIX y la implantación del socialismo como modo de producción alternativo al capitalismo durante el siglo XX ha sido un evento con implicaciones profundas a todos los niveles, como ya hemos visto, y podría no haber terminado aún. El siglo XXI todavía no ha terminado, ni mucho menos, y los procesos históricos suelen durar mucho más que las vidas de los individuos que los experimentan, de tal manera que frecuentemente sólo se llega a comprender su alcance y profundidad real a posteriori, una vez que ya han finalizado. Puede resultar precipitado dar ya por muerto y enterrado al socialismo y descartar de antemano su reaparición a medio o largo plazo. Habida cuenta que el propio capitalismo necesitó de varios siglos para desarrollarse, y que el orden político burgués requirió de varias revoluciones antes de imponerse definitivamente en el mundo, pensar que el socialismo se instauraría plenamente y de forma definitiva a partir de la primera revolución comunista de la historia es un razonamiento demasiado simplista. La historia no suele ser exactamente lineal, el progreso avanza más bien en zig zag, con períodos de avance alternados por períodos de retroceso, y por tanto entra dentro de lo posible que pueda darse un largo período de interacción compleja entre el capitalismo y el socialismo antes de que uno ceda por fin ante el otro. Cuando los asistentes al Congreso de Viena de 1815 se felicitaban por el fracaso de la revolución francesa y el restablecimiento del antiguo régimen monárquico después de las guerras napoleónicas, no podían prever que un siglo más tarde el liberalismo habría triunfado en toda Europa. Si algo ha demostrado la historia humana es que es imprevisible, y que las certezas de hoy pueden quedar obsoletas mañana.

Con todo, nada nos asegura que el capitalismo vaya a desaparecer a corto y medio plazo. Quizás ocurra dentro de varios siglos, cuando las experiencias socialistas del siglo XX sean ya únicamente materia de estudio para los historiadores... o para los arqueólogos. Tal vez una catástrofe como una guerra mundial, o el impacto de un asteroide contra nuestro planeta, nos devuelva al feudalismo o incluso a la edad de piedra, y nos veamos obligados a reiniciar toda nuestra historia económica. Lo que sí parece improbable es que el capitalismo vaya a extinguirse de forma espontánea, toda vez que ha demostrado ser, pese a su inestabilidad, un sistema económico tremendamente versátil y resistente, capaz incluso de recuperarse de sus crisis periódicas, por muy profundas que éstas sean. Condenado a desaparecer o no, el modo de producción capitalista sólo se extinguirá cuando sea la propia sociedad quien decida acabar con él de forma consciente. Y la experiencia histórica nos demuestra que semejante cambio no se producirá de forma pacífica; la mera participación política de los comunistas en los parlamentos de los Estados burgueses no nos ha acercado nunca ni un

ápice al socialismo. Ya vimos anteriormente que la democracia burguesa sólo admite la disidencia interna hasta un cierto punto: aquel en el que se empiezan a poner en cuestión los privilegios de los grandes propietarios. Por tanto, nos guste o no, el socialismo sólo podrá llegar por la misma vía por la que llegó en el siglo XX: la vía revolucionaria. Pero la historia muestra también que los beneficiarios del sistema no asistirán a la revolución con los brazos cruzados, sino que ejercerán siempre una tenaz resistencia utilizando en su favor todos los resortes del Estado burgués: el político, el económico, el mediático, el policial e incluso, llegado el caso, el militar.

La revolución, pues, será dura, todas las revoluciones anteriores lo fueron, y sólo podrá llevarla a cabo una organización que tenga la voluntad y la capacidad de librar esa lucha y de ganarla definitivamente. No será fácil; el capital es más fuerte que nunca porque cuenta en la actualidad con innumerables herramientas y armas que en 1917 no podía ni soñar, y derribar los dogmas liberales y los prejuicios anticomunistas, tan asentados en nuestra sociedad merced a la constante propaganda política y mediática, será todo un reto. Pero también es cierto que ahora disponemos de ciertas ventajas que hace un siglo tampoco teníamos, como una sociedad ya alfabetizada y educada o nuevas herramientas tecnológicas, como Internet, que nos permiten conectar directa y rápidamente con todo el mundo y difundir ideas de forma fácil, masiva y prácticamente gratuita. Y sobre todo contamos con una enorme ventaja que en 1917 tampoco teníamos: experiencia. Ya sabemos qué sucedió en anteriores revoluciones y qué errores se cometieron, y podemos anticiparnos antes de cometerlos de nuevo.

En cualquier caso el cambio será inexorable. La historia nunca se detiene, y el ser humano tiene la capacidad de escribirla a su voluntad. Si nos organizamos para hacerlo posible podremos avanzar, no ya como sociedad, sino incluso como especie. Podremos superar lo que Einstein denominó “*la fase depredadora del desarrollo humano*”. Superar por fin, en suma, el capitalismo... e ir más allá.

EPÍLOGO. MÁS ALLÁ DEL SOCIALISMO

Comenzábamos esta obra preguntándonos si tal vez el capitalismo constituye el sistema económico último y definitivo del ser humano o si será reemplazado por otro modo de producción superior, y es una pregunta que igualmente podemos formular respecto al socialismo. En el caso de que éste finalmente lograse reemplazar al capitalismo... ¿nos encontraremos entonces, esta vez sí, ante el fin de la historia económica? ¿Será el socialismo por fin el modo de producción definitivo de la humanidad? ¿O será también otro sistema económico como los anteriores, destinado igualmente a ser reemplazado por otro superior? Y si así fuese ¿podemos especular sobre qué tipo de sistema sería uno post-socialista?

Si de nuevo atendemos a la norma histórica según la cual los distintos modos de producción son reemplazados una vez que se superan aquellos elementos que los definen, cualquier sistema económico que aspire a reemplazar al socialismo debería abolir la propiedad pública de los medios de producción y la planificación económica del Estado. Es probable que la única forma de hacerlo sin volver a restaurar el capitalismo (lo que supondría una regresión histórica completamente antinatural) sea mediante la instauración de un sistema "no económico", es decir, uno en el que el ser humano haya trascendido el concepto clásico de economía y simplemente no exista ya ninguna propiedad, ni pública ni privada, ni tampoco sistema de planificación económica alguno. Podemos imaginar entonces una sociedad tan altamente capaz de dirigir su propia economía que llega al punto de autoorganizarse casi de forma espontánea, sin necesidad de una planificación oficial y formal, para que cada individuo, por propia responsabilidad y siendo plenamente consciente de las necesidades de la sociedad y de su propio papel individual en ésta, sepa qué producir y cómo distribuir lo producido.

Paralelamente, es muy posible que una sociedad organizada racionalmente mediante un sistema socialista implantado a nivel global pueda llegar a instaurar algún tipo de autoridad única de carácter mundial, del tipo de antecedentes previos como la antigua Sociedad de Naciones y la actual Organización de las Naciones Unidas. El cometido de tal institución sería la coordinación de las diferentes naciones y la solución pacífica de los problemas que pueda haber entre ellas, de tal manera que poco a poco irían superándose las consecuencias derivadas de la fragmentación de la humanidad en distintos Estados y naciones: la guerra, el imperialismo, los conflictos fronterizos, los problemas migratorios, etc. Los antiguos nacionalismos, pues, perderían su sentido y desaparecerían para dar paso a un

nuevo ser humano que no tenga otro sentido nacional que la pertenencia a su propia especie y cuya única patria sea la Tierra misma.

En un mundo sin clases sociales, en el que ya no sean necesarias las fronteras y en el que tampoco exista el concepto de propiedad como tal, el Estado perdería toda utilidad y por tanto estaría condenado a desaparecer definitivamente, extinguiéndose por sí solo. Se trataría entonces de un sistema plenamente comunista, tal y como el marxismo lo ha concebido tradicionalmente, y es difícil imaginar un modo de producción más estable que ese. Pero estamos todavía tan lejos de experimentar un sistema así que es imposible prever las contradicciones y problemas a los que se enfrentaría. Así pues, la cuestión de cuál será el sistema económico último y definitivo del ser humano, si es que realmente puede existir tal cosa, continuará abierta por el momento.